Junio Marzo 8/67

LOS NIÑOS
DE HOY DIA,

POR

UNA MADRE DE FAMILIA.

TRADUCIDO Y ARREGLADO

POR D. JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

10312
(Leg. 8471)

MADRID: 1863.
IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. J. BERNAT.
Costanilla de Santa Teresa, n. 3.

C47-1364

26-7-61

LOS NIÑOS DE HOY DIA.

POR EL BANCO INDL Y MERCANTIL
EL SECRETARIO GRAL.
Pedro Mallado

4374
10312
(Ley 1847)

LOS NIÑOS DE HOY DIA,

POR

UNA MADRE DE FAMILIA,

TRADUCIDO Y ARREGLADO

POR D. JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

1863.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE DON JOAQUIN BERNAT.
Costanilla de Sta. Teresa, núm. 3.—Madrid.

LOS NIÑOS DE HOY DIA.

POR

UNA MADRE DE FAMILIA.

TRADUCIDO Y ARREGLADO

POR D. JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

1863.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MEDIADO,
A CARGO DE ROS JORDÁN Y BERNAT,
Corredera de San Pablo, 7 y 9.—Madrid.

LOS NIÑOS DE HOY DIA.

I.

LA POLLITA NEGRA.

Mucha aficion tenia Paquita á los animales, tanta que lloraba cuando veía que un carretero pegaba brutalmente á sus caballos, ó un cazador golpeaba á su perro y le hacia aullar; mas de una vez habia gastado todo su dinero en comprar los pájaros que los traviesos muchachos habian cogido para ponerlos en jaulas.

Causábale tanta pena ver aquellos pobres animalitos agitarse asustados y herirse su lindas cabecitas contra los alambres de sus jaulas, que

en cuanto los pagaba, les abria las puertas de su prision y los daba libertad, complaciéndose en mirar á los pajarillos volar á la cima de los árboles donde inmediatamente se ponian á cantar los mas armoniosos trinos, cual si quisiesen darle gracias por haberles devuelto su libertad.

Si sus padres lo hubiesen permitido hubiera

recogido en su casa á todos los perros y gatos enfermos de la vecindad, para cuidarlos y hacerlos felices; empero jamás su madre la consintió que tuviese consigo ninguno de estos animales.

—No somos bastante ricos, la decia, y una boca mas que mantener todo el año es un gasto inútil.

Un dia Paquita vino á ver á su mamá llevando muy cuidadosamente una cosa oculta entre sus dos manos y la dijo:

—Adivina lo que tengo aquí.

LA MADRE.

¿Qué sé yo? Tal vez un pastelillo.

PAQUITA.

No, no es eso.

LA MADRE.

Una fruta.

PAQUITA.

Tampoco.

LA MADRE.

¡Se menea! Creo que un pajarito.

PAQUITA.

¡Oh! Mamá, me mordería.

LA MADRE.

Le oigo, *cui*, *cui*, de seguro es un pájaro.

PAQUITA.

No es precisamente un pájaro, ó al menos un pajarillo que vuele: pero mira la mas deliciosa pollita que se ha visto jamás. Nuestra vecina la señora Pepa me la ha regalado; ¿me permitirás, mamá, que me quede con ella?

LA MADRE.

¡Pobre animalito! No reflexionas que estaria mejor y sería mas feliz al lado de su madre.

PAQUITA.

¡Oh! no tiene madre: ha salido de debajo de una gansa que está empollando aun sus huevos de ganso, de modo que no puede cuidarla. La señora Pepa dice que antes de dos dias se morirá, porque la gansa no puede cuidarla si no la recojo yo. ¡Sería lástima, es tan mansita, tan bonita! Mamá, déjame que yo la criaré.

LA MADRE.

Siendo así, consiento: pero figúrate bien que esta pollita te va á dar tanto que hacer como si fuera una verdadera criatura. Necesitarás constantemente ocuparte de ella, ya para darla de comer, ya para calentarla. ¿Estas segura de tener paciencia para esto? Sé bien que te gustan mucho los animales, pero es muy diferente el divertirse algunos instantes con ellos á consagrarles su tiempo y su trabajo, y eso es lo que precisamente tendrás que hacer si te decides á quedarte con la pollita: porque te advierto que si la oigo

piar te la quito.—No me gusta ver sufrir á los animales á mi lado.

PAQUITA.

No tengas miedo: la cuidaré mucho, y estaré mas contenta que una princesa. ¡Qué alegre estoy! ¡Cuánto quiero ya á mi pollita!

LA MADRE.

Toma tu cestita cubierta por un puñado de plumas de la gansa para hacerle su camita, y pónla cerca de la chimenea. Es tan pequeñita que necesita mucho calor... ¡Bueno! Ahora aquí tienes un huevo: hazlo cocer, y estando muy duro le darás un poco partido en pedacitos. No siempre le darás tanto mimo, pero ahora necesita cobrar fuerzas.

Paquita no tardó en echar de ver que su madre le habia dicho la verdad y que la señora pollita era muy exigente.

No estaba satisfecha sino cuando la tenia en la mano, cuyo calor la gustaba, é imperiosos *cui, cui,* se dejaban oir en cuanto la colocaban en

la cesta. Cuando Paquita estaba mas ocupada en jugar ó en hacer labor, no le era muy agradable el verse distraida por la pollita que reclamaba una de sus numerosas comidas.

Por las mañanas, sobre todo al amanecer, era duro el verse despertada por sus impacientes gritos. Cualquiera otra niña hubiera relegado á un cuarto apartado á la pollita donde no oyéndola la hubiera dejado morir de hambre, pero Paquita

no obraba así. Jamás se puso de mal humor con su querida *Cui, cui*, y la amaba y la cuidaba cual si hubiese sido su hija; así el animalito no tardó en conocerla muy bien, y en seguirla á todas partes como un perrillo. Cuando se sentaba, saltaba *Cui, cui* sobre sus rodillas, trepaba despues á

lo largo de sus brazos, subíasele al hombro, poníase allí, se acostaba, erizaba las plumas, la picaba en los cabellos, y hacia mil monadas.

Un dia su tia Adelaida, propuso á Paquita y sus padres, que fuesen á tener una comida de campo al soto de Migas-Calientes á las orillas del Manzanares.

—Marcharemos mañana despues de almorzar, decia, comeremos al aire libre en el soto, y volveremos luego á la tardecita.

PAQUITA.

¡Qué gusto! ¡qué alegría! tia. Iremos en una tartana con banquillos. ¡Es tan divertido el movimiento!

LA TIA.

Sí, sin duda en estremo divertido.

De repente, demudóse el rostro de Paquita, y al cabo de un momento rompió á llorar.

PAQUITA.

Y mi pollita, esclamó; no puedo dejarla sola todo el dia en casa.

LA TIA.

Le dejas la comida que necesite.

PAQUITA.

Es muy pequeñita, y hay que dársela, y es menester tenerla muy calentita en su cestita. No, tia, vaya vd. á la comida de campo con mamá y papá, y yo, aunque mucho lo siento, me quedaré en casa á cuidar de mi pollita.

EL PADRE.

Esta niña se va poniendo muy ridícula con su amor á los animales. En toda la aldea la llaman ya la madre de los bichos; y tú, mujer, no bederias consentir esto.

LA TIA.

¿Y por qué no? ¿Qué mal hay en que le gusten los animales? Tambien son criaturas de Dios. Paquita ejercita con ellos su paciencia, su perseverancia y la bondad de su corazon. Es todavía demasiado jóven para poder hacer bien á sus semejantes, y lo hace á los séres que halla á su lado. Es fiel en lo poco, y Dios le confiará con el tiempo misiones mas importantes.

EL PADRE.

Tia Adelaida, siempre toma vd. la defensa de su ahijada, y con eso me la echa vd. á perder.

LA TIA.

Vamos, hermano, si tuvieses que dar á guardar á alguno un niño, ¿no le confiarias de muy buena gana á Paquita que sacrifica sus gustos y diversiones á la felicidad de su educando, siquiera sea éste un pajarillo, que á Gertrudis dispuesta siempre á dar una patada al perro y al gato y

á dejar morir de hambre todas las aves del corral de su madre por no incomodarse en echarles

un puñado de grano? Créeme, lo mismo que desde niño se acostumbra uno á cuidar y asear su cuarto y los animales, mas tarde cuidará de su casa, de su familia y de sus hijos.

EL PADRE.

Hablas tan bien, que no hay medio de responderte. Mas veamos quién se va á quedar en casa, si la niña ó la pollita.

LA TIA.

Paquita, enséñame la pollita.—¡Oh! no pesa nada. ¿No podrias llevarla en su cestita?

PAQUITA.

¡Vaya si puedo! ¡Qué escelente idea! ¡qué buena es vd., tia! ¿Pero consiente la mamá?

LA MAMÁ.

Sí, con tal que no nos incomodes.

PAQUITA.

No, no, ya verás con qué cuidado la llevo todo el camino.

Al dia siguiente el primer cuidado de la niña fué envolver en un papel la provision de trigo de Cui, cui, despues la ató una cintita azul al cuello á fin de ponerla maja como en los dias de fiesta como ella decia, y limpió su cesta.

No seremos nosotros los que afirmemos que la polla halló tan divertido el camino y el traqueteo de la tartana como su jóven ama, encerrada casi todo el dia en un cesto, y colgada del brazo de la niña, mientras ésta se ocupaba en mirar los árboles y el rio.

Portóse bastante bien, gracias á la complacencia de la buena tia Adelaida, que muchas veces se llevó consigo aparte á su sobrina para que pudiese sacar á la pollita de su prision y darla de comer.

Durante la comida que tuvieron debajo de un corpulento nogal, tuvo permiso la pollita de pasearse un poco sobre la mesa. Deslizábase entre los platos, picando las miguitas de pan, y haciendo oir un pio pio de contento y satisfaccion.

De repente nuestra golosa, descubre una hermosa hoja de lechuga que sobresalia de la ensaladera. Corre, dá un brinco y salta para atraparla, pero con tal torpeza, que se cayó en medio de la ensalada. Se le pegaron á las plumas las hojas mojadas con el aceite y el vinagre, causándola tan desagradable efecto que se puso á cacarear y tratar de desprenderse como pudo. A carcajadas se rieron todos los presentes, escepto Paquita, que al punto acudió en su socorro, sintiendo mucho verla tan manchada, y con las plumas pegadas en peloton.

—Fortuna, le dijo su tia, has tenido en que no haya ido á caer dentro de la sopa, porque entonces te se hubiera escaldado.

PAQUITA.

¡Tontuela! glotoncilla, vamos á entrar otra vez al cesto. Bonita se ha puesto ahora la cinta azul. Preciso es quitártela y limpiarte las plumitas. Vamos, ahora duérmete.

Despues de la comida, como aun quedaba mucho dia, la tia Adelaida propuso dar un paseito por el soto. Caminaron algun tiempo por las sombrías alamedas, sentáronse despues en el verde y mullido césped, al pié de una encina. Paquita sacó su pollita del cesto para que tuviese el placer de corretear por la yerba, y coger algunos insectos. Al cabo de un momento pidió permiso á su madre para alejarse un poco para coger un ramito de flores silvestres.

LA MADRE.

Ve, pero cuidado con perderte. Mejor harias antes en volver tu pollita á la cesta, porque yo no me encargo de guardarla.

PAQUITA.

¡Está tan contenta con pasearse!—bien puedo dejarla un poco á vuestro lado. No tardaré mucho en volver.

Y al decir esto, se metió corriendo por el soto, y pronto se ocupa en formar su ramillete, sin pensar mas en la pobre *Cui, cui.*

De repente oyó un gran ruido detrás de ella; volvióse, ¿y qué es lo que vió? Su pollita que probablemente la habia seguido desde lejos, y sin haber reparado en ella, y que cacareaba y revoloteaba perseguida por un gran perro.

En dos saltos la atrapó éste, y echa á correr llevándosela en la boca. Pero síguele Paquita dando grandes gritos, y llega casi al mismo tiempo que el perro al lado de un caballero. Vuélvese éste al ruido que hacen, y dice al perro:

—Turco, ¿qué has cogido? Trae, dame pronto, suelta.

Y Turco pone la pollita en tierra, que afortunadamente no está muerta, y se mueve. Cógela

el caballero, la examina, y dándosela á Paquita, la dice:

—Tome vd., señorita, no es cosa de cuidado, solo está atontada. Turco es un escelente perro de caza, trae las piezas con la mayor delicadeza sosteniéndolas suavemente en sus dientes. Preciso, es, que vd. le dispense el miedo que la ha causado. Al encontrar un pollo en un bosque, ha podido tomarlo muy bien por una perdiz..... Vamos, Turco, pronto, pide perdon á esta señorita.

El bueno del perro, se echó á los pies de la niña, que le acarició diciéndole:

—Tiene vd. razon, caballero, que yo me tengo la culpa, que debí de haber escuchado á mi mamá, y no haber dejado á Cui, cui correr sola. Quede vd. con Dios, caballero, y muchas gracias por haber acudido á mi socorro.

Dicho esto, corrió á encontrar á sus padres, á quienes todavía conmovida, refiere el gran peligro que habia corrido su pollita.

La volvió á colocar en su cesta, y no la volvió á sacar mas de allí hasta que llegaron á su casa.

Aquella pollita, con tanto mimo criada, fué creciendo y se hizo una magnífica gallina negra con un gran moño en la cabeza. Se la cambió el nombre de Cui, cui en el de Cloqueta; y por do quiera donde iba la gentil Paquita, se estaba seguro de ver detrás de ella á la hermosa Cloqueta.

Un dia que habia permanecido mucho tiempo la niña sentada sobre un monton de heno ocupada en estudiar una leccion, notó con sorpresa que su polla, de ordinario tan áctiva, se habia echado á su lado, y no se meneaba.

De pronto la vió levantarse y ponerse á can-

tar con aire de triunfo: cot, cot, cot, codeke: cot, cot, codeke: ¡y qué felicidad! habia puesto sobre el heno un grueso huevo blanco como la leche. Paquita llena de gozo se lo llevó á su madre diciéndola:

—Toma, mamá, el primer huevo que ha puesto Cloqueta. Tú debes comértelo para almorzar: el segundo será para papá, y el tercero para la tia Adelaida.

Cloqueta siguió poniendo cada dos dias por algun tiempo. Una mañana, Paquita vino á buscar á su madre muy alarmada, y la dijo que creia que estuviese mala su gallinita, porque no queria salir del ponedero, y que daba singulares aullidos.

LA MADRE.

Tranquilízate, hija mia, no está mala sino clueca, y lo que quiere es empollar. Ve, y dile á la señora Pepa, que te dé una docena de huevos de sus mejores gallinas: se los pones debajo á Cloqueta, y verás cuál te recompensa tus cuidados dándote lindos pollitos.

En efecto, la buena gallina sacó diez polluelos que eran una maravilla.

La mamá de Paquita, hizo arreglar en el patio un gallinero, y despues la dijo á su hija:

—Sabes que no soy bastante rica para tomar una criada que cuide de los animales del corral: con que es preciso que tú te encargues completamente de esto. Aquí tienes una provision de

trigo que durará hasta que estén criados los pollitos. Luego ya no te voy á dar mas.—Será menester que vendas huevos y pollos, y con el dinero que te produzcan, compras todo lo necesario para criar y mantener los otros.

Pensareis acertadamente que Paquita que tan bien habia cuidado su pollita, cuidó igualmente bien todo su gallinero.

En toda la vecindad, en cuanto querian huevos muy frescos, ó buenas aves, acudian á comprárselas á la gentil Paquita, y de este modo concluyó por ganarse una regular y decente dote.

En cuanto á Cloqueta, mientras vivió, fué siempre la reina del corral, y la hija mimada de su señorita.

Bien lo habia pronosticado la tia Adelaida: nuestra pequeña labradora, se mostró tan buena esposa, y tan buena madre de familia, como se habia mostrado cuidadosa ama de su gallina y demás animales.

Con ellos habia hecho un aprendizaje de vigilancia y de abnegacion, que le fué muy útil despues en el curso de toda su vida.

II.

LAS MALAS COMPAÑIAS.

Mamá, mi tia acaba de convidarme para ir con ella mañana á la vendimia á su majuelo. ¿Me das permiso para que vaya? preguntaba un dia Manolito en el momento de volver á su casa.

Su madre le respondió: Te lo permito con mucho gusto, si me prometes estar al lado de tu tia, y de tu prima Mariquita, y no ir á hacer diabluras con Pepe y Antonio. Te veo continua-

mente con esos dos muchachos, y eso me incomoda porque son groseros, y mal criados, y no pueden darte mas que malos ejemplos.

MANOLITO.

Pero mamá, si yo no imito el mal que hacen. No digo las palabras malas que dicen, aunque juego con ellos. ¡Si supieses que divertidos son! ¡Qué traviesos y las cosas que inventan!

LA MADRE.

Mas valiera que emplearan su talento en aprender algo útil, y no estar siempre vagando é incomodando con sus travesuras á todo el mundo, lo que un dia podrá costarles caro. Lástima es que tengan un padre tan poco cuidadoso.

MANOLITO.

Pues bien, mamá, yo te prometo no juntarme con ellos. ¿Con qué me permites el ir á la vendimia?

Habiéndole respondido afirmativamente su madre, corrió con la mayor alegría á buscar una cestita de mimbres que le habian dado, y en la que contaba poner las uvas, y pasó toda la tarde en ponerle unas correas para poderla llevar al hombro.

Apenas pudo dormir en toda la noche pensando en la diversion del dia siguiente.

Muy de mañana le despertaron los alegres cantares de los vendimiadores que se reunian para marchar á las viñas.

En diez minutos se vistió, y se reunió con la alegre caravana que se hallaba á la puerta de la casa de su tia.

Cada trabajador ó trabajadora llevaba una cesta y un par de tijeras para cortar los racimos.

Manolito se acercó muy políticamente á su prima Mariquita, la abrazó, y la propuso llevarle él su cesta, y cuidarla durante el camino. La niña admitió gustosa la oferta. La viña estaba bastante lejos, y el camino no estaba en buen estado y Mariquita era muy cobarde. Muchas veces tuvo que animarla su primito cuando habia que pasar algun arroyuelo, ó trepar por alguna

cuesta. Al fin llegaron, y todo el mundo se puso alegremente al trabajo.

Llenaban los cestos los hermosos racimos negros y dorados, y cuando los cestos estaban llenos, iban á vaciarlos en grandes cubetos que habian traido en carros.

Se entiende que los vendimiadores tenian de-

recho de comer cuantos racimos quisiesen. Solamente se habia encargado mucho á los niños que

lo hiciesen con moderacion para que no les pusiesen malos.

Durante toda la primera parte del dia, Manolito no se separó de su prima, aunque Antonio y Pepe, que se habian juntado con los vendimiadores al salir del pueblo hicieron cuanto pudieron para atraele á ellos.

Viendo que no podian conseguirlo, despues de haberse atracado de racimos se alejaron un poco de la viña, y Manolito al ir á vaciar su cesta los vió muy afanados alrededor de un monton de piedras, y en seguida cerca del sitio donde la tia Juana al aire libre habia establecido una especie de fogon para hacer la sopa á los vendimiadores, porque no debia de volverse hasta la noche al pueblo.

Hasta creyó ver á Antonio levantar la tapa de la olla.

Hácia las dos de la tarde llamó la tia Juana á toda la gente para la comida, que se componia de pan de cebada, queso, vino, y una escelente sopa con tocino y garbanzos, cuyo grato aroma escitaba el apetito de los trabajadores. Ya habia servido la sopa á mas de la mitad de la gente, que sentada en el suelo rodeaba la marmita

cuando del fondo de ésta sacó con el cucharon un gran bulto peludo y negro.

—¿Qué es eso, que es eso? gritaron de todas partes.

—Creo que es la peluca del señor cura, dijo uno que la echaba de gracioso.

—No, si la tiene en la cabeza.

—¡Toma! de ahí cuelga una cola.

La tia Juana que habia hasta entonces permanecido muda é inmóvil de sorpresa y de indignacion, cogiendo aquella cola mostró á los ojos de toda la concurrencia un grueso topo, mitad cocido y escaldado.

Algunos de los convidados soltaron una carcajada, pero los demás miraron sus platos con disgusto, porque ninguno quiso comer aquella escelente sopa al saber que habia cocido allí un topo, y que estaba llena de pelotones de pelos negros.

Mariquita se puso pálida y mala á la sola idea de que hubieran podido comer de aquella sopa.

—¿Quién nos ha hecho esta picardía? preguntaron todos á la vez, y Pepe y Antonio no fueron de los últimos en decir:—Nosotros no hemos

sido; aunque Manolito estaba muy convencido de que ellos eran los que lo habian hecho.

Viéronse obligados á contentarse como los demás con el pan de cebada y el queso mientras dos grandes perros se regalaban con la sopa, y no desdeñaban el topo que les sirvió de cocido.

—¿Te has vuelto una chiquilla? le dijo Pepe á Manolito cuando hubieron acabado de comer, ¿te vas á quedar agarrado como esta mañana á las faldas de las mujeres?

—No ves, dijo Antonio, que el pobrecillo tiene miedo de perderse si se aleja de su tia?

—Tal vez tenga miedo que haya topos en las viñas.

—Ahora verás si tengo miedo, dijo Manolito yendo á tirarse sobre Antonio, que se echó á correr riéndose. Aparentando de tiempo en tiempo quererse dejar coger Pepe y Antonio, lograron atraerle hácia un sitio apartado de la viña. Despues parándose de pronto, Antonio le dijo:

—Escucha, Manolito, una idea me ocurre; ¿ves este racimo negro? el jugo es encarnado. Untémonos con él la cara, y despues corramos á

abrazar á los vendimiadores, no nos conocerán, y tendrán mucho miedo de nosotros.

MANOLITO.

¡Oh! si con tus diabluras nos has dejado sin comer.

ANTONIO.

¡Qué gracioso era el ver los rostros de todos, cuando sacaron el topo! mas ha valido eso que una sopa con garbanzos. Además lo que yo te propongo ahora no te echará á perder la cena, ni hará mal á nadie. Mira, mira, ya comienzo yo á disfrazarme.—¡Qué mosto tan rico!

Antes que Manolo hubiese tenido tiempo de decidirse, ya Pepe le habia frotado la cara con un racimo, y haciéndose luego la misma operacion, se pusieron á reir todos tres al ver la horrible espresion de sus rostros cubiertos de manchas moradas.—Recorrieron la viña y no tardaron en encontrar una robusta aldeana que volvia con su cesta llena de racimos en la cabeza. Antonio la cogió vivamente por la espalda mientras Pepe y

Manolito la acometian por los lados intentando besarla con sus sucios rostros.

La aldeana se desembarazó ligera de su cesta y plantó á los dos tunantuelos el mejor par de

bofetones que jamás hubieron recibido en su vida, y se alejó riendo, dejándolos aturdidos con una aventura tan poco chistosa y divertida para ellos.

—¡Ah! allí abajo veo á Mariquita, dijo Pepe al cabo de un instante, corramos á ella, esto y segu-

ro de que tendrá mucho miedo, pero no nos dará de bofetones.

Hubiera querido Manolito impedirles el ir allí, pero ya estaban lejos, y no pudo hacer mas que seguirlos.

Cuando la pobre Mariquita se vió perseguïda por aquellos verdaderos monstruos de encarnado rostro tuvo un miedo terrible y echó á correr dando grandes gritos.

De repente se enredó su pie en una raiz de una cepa y cayó en tierra de cara aumentándose su terror al ver la levantaban unos hombres encarnados.

En vano Manolito la habló llamándola por su nombre, porque no veia ni oia nada, gritando siempre y pálida como una muerta. Atraido su padre por sus gritos, y viendo la causa de su susto cogió una estaca y sacudió lindamente en las espaldas á aquellos tunantuelos. Huyeron á todo correr, y durante el resto del dia no se atrevieron á presentarse mas adonde estaban las gentes.

Fueron á buscar un arroyo para lavarse, y á la caida de la noche tomaron el camino del pueblo.

Al entrar en una de las calles, Antonio dijo:

—Manolito, vas á ver como nos divertimos. En esta casa grande hay un portero que es mi enemigo. Todos los dias le hago alguna burla. Quédate ahí detrás de la esquina de la calle.

Antonio se llegó resueltamente á la puerta de la casa que habia indicado, cogió el aldabon y llamó, y á todo correr despues fué á juntarse con sus dos compañeros. Miran los tres, teniendo cuidado de permanecer escondidos. Ven al portero, que era un viejo de pelo cano, salir á la calle, mirar por todas parte con aire asombrado, y volver á entrar en su casa despues. Apenas habia cerrado la puerta, vuelve Antonio á llamar, y á huir, y los tres tunantuelos á reirse como locos al ver al pobre portero salir otra vez y buscar por todas partes al que habia llamado.

Antonio vuelve por tercera vez, pero en el momento en que iba á coger el aldabon, ¡pluf! un gran cubo de agua le cae encima de la cabeza y la voz del astuto portero le grita por la ventana:

—Te cogí, gran pillo, que vienes á incomodar á las gentes honradas. ¡Buenas noches!.... y vuelve por otra.

Pateaba furioso Antonio hecho una sopa, y llamando á sus amigos se ponen los tres á tirar

piedras á la ventana donde estaba el portero hasta que le rompieron algunos cristales.

Asustados entonces de lo que acababan de hacer echaron á correr.

Afortunadamente para Antonio, que estaba enteramente mojado, no hacia frio, pero tan irritado estaba contra el portero, que ni reparó en ello.

—¡Si ese bribon saliese á perseguirnos y pudiese hacerle caer y que se rompiese la cabeza me quedaría contento! Me ocurre una idea. Ven, Manolito, pronto, ata la punta de esta cuerda á este guardacanton, y la otra yo á aquella reja de modo que atraviese la calle. Está muy oscuro, no se le ve y todos los que vengan aquí, se enredarán con ella, tropezarán y caerán al suelo. Estoy seguro de que va á salir ese tuno de portero, le he visto que miraba hácia el lado por donde nos hemos ido. ¡Toma, esto es hecho!

—Si, dijo Manolito, pero vámonos pronto á casa, no tengo gana de que me coja.

—No, no, replicó Antonio, quiero tener el gusto de verlo caer y romperse al alma, ocúltate tras de esta esquina que ninguno nos verá.

Apenas se habian escondido, cuando llegó una mujer cargada con un paquete. Manolito queria gritar para advertirla, empero Pepe le contuvo, y la pobre mujer enredándose los dos pies en la cuerda vino á dar con su cuerpo en el suelo lastimándose; dió un grito.

—¡Mi pié, mi pié, dijo tratando de levantarse, me he desconcertado un pié!

Manolito corrió inmediatamente á socorrerla,

y la ayudó á levantarse. En el mismo instante oyó ruido á su espalda, y vió al volverse á Antonio y Pepe cogidos por el portero y por un agente

de policía que habian llegado por el lado por donde menos los aguardaban. Dirigiéndose hácia él otro agente le cogió por el brazo y le dijo:

—Vamos pronto, bribonzuelo, vas á pasar la noche en el puesto de guardia, así como tus camaradas y luego sereis juzgados por haber roto cristales, y dejado caer á esta pobre mujer.

—Por Dios, señor, se lo ruego á vd., decia el pobre Manolito pálido como la muerte, no me lleve usted á la cárcel; mi pobre madre se moriría, y

se pondría mala de pesar. Yo le prometo á usted tener juicio en lo sucesivo. Otros me han impulsado á esto. Razon tenía mi madre al prohibirme que me juntase con ellos. ¡Dios castiga sin duda mi desobediencia!

—Todo eso se lo contareis mañana á los jueces, dijo el comisario, dándole un recio empujon.

—Caballero, le suplico á vd., le dijo la mujer, que se hallaba sentada en el suelo por no poder andar ni tenerse en pié, suplico á vd. le deje libre por esta vez á este pobre muchacho, que es Manolito, hijo de unos vecinos, que no es mal sugeto, que ha acudido inmediatamente en mi socorro en cuanto me ha visto caer, y mientras los otros dos se reian. ¡Oh! lo que es esos bien merecida se tienen la cárcel. Estos son muy malos y nadie los puede ver en el pueblo.

—Pues que eso es así, quiero perdonar por esta vez á este chiquitin. Venga vd., señora, tome usted mi brazo, apóyese bien, y voy á acompañarla á su casa.

Contentísimo quedó Manolito de escapar de ser llevado á la cárcel, mas con todo no se apartó del terrible agente de policía.

Como tenia buen corazon, dábale pena el ver padecer á la pobre mujer y deseaba serla útil. La suplicó se apoyase en él, y la acompañó hasta su casa.

Allí se sentó la infeliz en una silla y lloró amargamente mientras sus tres hijos de corta edad se agrupaban asustados á su lado, y el complaciente comisario de policía habia ido á buscar un médico para curarla el pié.

En silencio la miró un instante Manolito, y despues la preguntó tímidamente.

—¿Llora vd. porque le duele mucho el pié?

FRANCISCA.

¡Ay! no. Lloro porque pienso que este mal del pié va á impedirme andar por mucho tiempo, no podré ni ir á buscar trabajo, ni llevar el que haga á casa de mis parroquianos. ¿Y qué va á ser de mis pobres hijos si no gano dinero para comprarles pan? Su padre murió el año pasado, y no tienen mas que á mí que los cuide.

MANOLITO.

Mucho me alegraré en poder ser útil á vd. en alguna cosa. ¿No podria yo hacer sus recados, é ir á buscar su obra y llevarla á las casas?

FRANCISCA.

Sin duda que podria vd., y en ello me haria grandísimo favor. Pero vd. va á la escuela y no tendrá tiempo, y tal vez no se lo permitirá á usted su madre.

MANOLITO.

¡Vaya si lo permitirá! cuando sepa que por culpa mia se ha hecho vd. mal.

Voy inmediatamente á pedirla su permiso.

En el momento en que iba á salir, llegó el médico, y dijo despues de haber examinado el pié de la pobre mujer, que lo que tenia era una dislocacion, y que en bastante tiempo no podria andar.

Marchóse Manolito prometiendo volver á la mañana siguiente.

Al llegar á su casa encontró muy alarmada á su madre por no haber vuelto. Habia sabido que Pepe y Antonio habian sido llevados presos, y la idea de que Manolito pudiese haber estado con ellos, la habia hecho llorar mucho. Así, en cuanto le vió entrar, corrió á él para abrazarle; empero Manolito dió un paso hácia atrás y dijo:

—¡Ah! mamá, no merezco que me hagas fiestas. He sido muy malo hoy. Y contó al punto á su madre su desobediencia, y todas las faltas que habian sido su consecuencia, concluyendo con pedirla permiso de ayudar en cuanto estuviese en su poder á la pobre Francisca.

—Con mucho gusto te lo permito, le contestó su madre; porque me gusta el ver tu deseo de reparar tus faltas. ¿Ves con cuánta razon te decia que huyeses de las malas compañías? Es muy difícil no dejarse arrastrar al mal cuando se elige por amigos á niños que demuestran en sus palabras y acciones, que ni aman ni temen á Dios. Mucho siento tener que aumentar tus pesares, pero debo de decirte que acabo de saber que tu pobre prima Mariquita se halla muy mala del susto que la habeis dado, y que se tiene cuidado por ella.

¡Oh! ¡cómo hemos podido ser tan malos con mi querida Mariquita! Voy á rogar á Dios que la pondrá buena. Horrible seria que se fuese á morir por culpa nuestra.

¡Qué fin tan triste de dia para el pobre Manolito que tan gozoso habia marchado por la mañana á la vendimia!

Todos sus pesares se los hubiese evitado, y hubiese vuelto alegre, contento y feliz si hubiese escuchado á su madre.

Pero los niños creen siempre que sus padres les prohiben las cosas solo por su gusto, y sin graves y sérios motivos.

Manolito solo pudo encontrar algun consuelo rogando á Dios que le perdonase y le ayudase, y pensando en los servicios que queria prestar á la pobre viuda.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano, corrió á saber noticias de la salud de Mariquita, que estaba ya mucho mejor, y despues fué á casa de Francisca.

Ayudó á la mayorcita de las niñas á vestir y

á lavar á sus hermanitas, fué á casa del panadero y de la lechera por el pan y la leche del desayu-

no, y arregló todo en la casa. Habia concluido cuanto tenia que hacer cuando sonó la hora de ir á la escuela. Al fin del dia, antes de volver á su casa, fué otra vez á ver á Francisca para ver si tenia necesidad de algo.

Lo mismo hizo todos los dias sin cansarse jamás hasta que la pobre viuda se halló en estado de salir de casa. Mariquita se restableció com-

pletamente despues de haber estado algunos dias mala.

Antonio y Pepe permanecieron unos cuantos dias en la cárcel en un calabozo húmedo, súcio y oscuro, y cuando fueron puestos en libertad, su padre se incomodó tanto de tener que pagar una gran suma de dinero por los cristales rotos, y las costas del proceso, que los puso en un establecimiento, donde tenian que trabajar todo el dia, sin tener un solo momento de juego ó de distraccion.

Todo el mundo aprobó esta rigorosa medida, y que para ellos era mas útil y conveniente que dejarles pasar el tiempo como lo pasaban en hacer picardías y travesuras.

Es de esperar que la aplicacion de este severo régimen les corrigiese al fin de sus defectos, pero no hemos vuelto á tener despues de ellos la menor noticia.

III.

EL QUEJUMBRON.

FRANCISCO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! mamá, mamá ven pronto, estoy tan malo, ¡tan malo! ¡oh! me sale sangre, mucha sangre.

LA MAMÁ.

¿Qué tienes, hijo mio? no llores tan fuerte, y enséñame ese terrible mal. Si no estuviese acostumbrada á tus gritos te creeria medio muerto.

FRANCISCO.

Mamá, es Mimí, esa pícara de Mimí que me ha mordido y me ha arañado, casi me ha comido la mano. ¡Ah! ¡me duele mucho, me ha hecho mucho mal!

LA MAMÁ.

Preciso es que la hayas atormentado mucho para que se haya irritado. Déjame ver tu mano, apenas puedo creer que una gatita tamaña como el puño haya podido hacerte tanto daño. ¡Qué! ¿y por esas dos manchitas encarnadas es todo el ruido? Los dientecitos de Mimí apenas te se han señalado en la piel. ¿No te dá vergüenza no poder sufrir el menor dolor sin ponerte en ese estado? A cada instante alborotas la casa con tus lamentos. No te caes una vez aunque sea sobre las alfombras, ni te tocan jugando tus hermanos sin que dés espantosos gritos como si te hubieras roto un miembro. Mucho me disgusta el verte con este defecto. Si no tratas de corregirte, vas á hacerte despreciable á todos. Es una cobardía

en un muchacho tener tanto miedo al dolor.

Retiróse aparte avergonzado Francisco, pero esto no le impidió el llorar cinco ó seis veces todavía antes de irse á la cama.

A la mañana siguiente muy temprano, despertáronle los gritos de sus dos hermanos Leonardo y Rafael.

Viólos en camisa delante de la ventana, dando palmadas, saltando y diciendo:

—¡Qué felicidad! ¡qué felicidad! ¡ha nevado, ha caido mucha nieve! y hoy es dia de fiesta: podemos jugar todo el dia.

Francisco se arropó muy bien entre sus sábanas gritando:

—¡Qué frio que hace! quisiera estar acostado todo el dia, y no salir de la cama en donde se está muy calentito.

LEONARDO.

Al contrario, perezoso, despáchate á vestirte. Ven á ver qué bonitos están los árboles cubiertos de nieve, y la inmensa sábana blanca que cubre el suelo, y que reluce con el sol. Estoy seguro que te va á dar ganas de correr por ella.

Inmediatamente, despues del desayuno, pidieron los tres niños permiso para ir á jugar al patio.

Mientras Francisco se envolvia en dos ó tres

capas y cinco ó seis bufandas, sus hermanos andaban saltando por todos lados, y se tiraban riendo como locos bolas de nieve, y despues formaron una gran pella para hacer la figura de un hombre.

—Voy á ayudaros, les dijo Francisco al llegar; ya vereis que trabajo mas que vosotros.

Cogió en sus gruesos guantes de lana algu-

nos puñados de nieve que llevó con mucha lentitud al sitio señalado, y despues comenzó á decir:

—¡Ay! ¡ay! ¡qué frio! se me han mojado los guantes.

RAFAEL.

Ya lo creo. Si te empeñas en trabajar con guantes, tendrás las manos heladas, y además de tal modo estás empaquetado que apenas puedes moverte. El mejor medio para entrar en calor, es trabajar mucho y vivo, y no con la cachaza que tú lo haces. Mira como yo no tengo frio ninguno.

LEONARDO.

Ni yo. Me están abrasando las manos.

FRANCISCO.

¡Ay! ¡ay! me duelen los pies, y mis pobres dedos, y mi nariz se me hiela como si estuviésemos en Rusia. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!.....

Y llorando y gritando, echó á correr hácia la casa donde no dejó descansar á las criadas y á su madre hasta que le dieron unas buenas friegas, y le pusieron unas bayetas calientes en los pies, y lo colocaron en un sillon cerca de la chimenea.

Al cabo de poco tiempo comenzó á fastidiarse. Se acercó á la ventana para ver lo que hacian sus hermanos en el patio.

La figura del hombre iba adelantando: le ponian la cabeza que era una gruesa bola de nieve muy redonda. Leonardo fué á buscar dos pedazos de carbon para hacerle los ojos, y con una zanahoria figura la nariz, y con otra en sentido inverso representó la boca. En seguida Rafael le puso por sombrero un tiesto de flores boca abajo, y en el agujero plantó una rama de acacia cubierta de nieve, á manera de plumero. Por último, colocaron en los brazos de la figura un palo á guisa de baston. Entusiasmados con su obra los dos niños, saltaban y bailaban alrededor del hombre de nieve, y llamaban á todas las gentes de la casa para que admirasen su escultura.

Llamáronles para comer.

—¡Cómo nos hemos divertido! decia Rafael: y tú no sabes, Francisco, que mamá nos ha dado permiso para que esta tarde convidemos á nues-

tros amiguitos para que vengan á jugar con nosotros en el patio. Vamos á hacer un castillo de nieve, y despues á ponerle sitio, lo mismo que en la guerra.

LEONARDO.

Y yo seré el general de los españoles, y mandaré á los que ataquen el fuerte que defenderá Rafael.

FRANCISCO.

¡Yo quiero ser un capitan!

RAFAEL.

¡Ah! ¡sí! tú eres muy cobarde.

Algunas horas despues Leonardo y Rafael habian reunido una veintena de sus compañeros de escuela y todos estaban muy afanados construyendo formidables murallas de nieve. Españoles y marroquíes, amigos y enemigos, todo el mundo trabajaba; así las obras adelantaban rapidísimamente.

Trató Francisco de mezclarse con los trabajadores, pero al cabo de un instante puso una cara tan triste, tomó un aire tan lamentable, que los demás muchachos se le echaron á reir en sus

narices, se burlaron de él, y le molestaron de mil modos, tanto, que se vió de nuevo obligado á refugiarse en su casa, donde volvió de nuevo á ocupar su puesto cerca de la ventana. Allí permaneció mucho tiempo, muchísimo tiempo, fastidiado y pesaroso.

La vista de la diversion de los otros en lugar de distraerle le daba todavía mas pesar, porque sentia no poder hacer lo que ellos. En fin, en el momento en que comenzaba el sitio, no pudo ya contenerse y se decidió á ir á reunirse con los combatientes.

Los españoles con el general Leonardo á su cabeza se precipitaban sobre los atrincheramientos del campamento de Tetuan, y trataban de demolerlos con sus manos y con sus sables, mientras los marroquíes los rechazaban lanzando sobre ellos una granizada de bolas de nieve. Francisco subió animosamente á la brecha con los demás: pero de repente un peloton de nieve blanda le vino á dar en la mejilla. Al pronto se cae hácia atrás dando horrendos alaridos. Rodéanle sus compañeros y le preguntan:

—¿Estás herido? ¿te ha llevado la bala una pierna, un brazo, ó al menos una oreja?

—No, no, gritó Francisco, pero es tan frio, tan frio lo que me corre por el cuello..... ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—¡Quejumbron! cobarde, marica, le gritaron todos los niños. No queremos cobardes entre nosotros. ¡Afuera el cobarde!

Y todos se pusieron á apedrearle con bolas de nieve á mas y mejor. Figuraos cómo aullaria el desgraciado. Al fin Leonardo tuvo compasion de él: le sacó de manos de sus camaradas, y le acompañó á la casa.

Fuéle, pues, preciso contentarse con asistir desde la ventana á la toma del campamento de

Tetuan y al triunfo del general Leonardo, que con una bandera en la mano fué paseado alrededor del patio en hombros de sus soldados con grandes gritos de alegría y cánticos de victoria.

Por la noche cuando los tres niños estuvieron reunidos al lado de su madre, ésta les dijo:

—Acabo de recibir una carta de nuestro amigo el señor de Cuesta que os convida á pasar en su casa el dia de mañana. Dice que se patinará en su estanque que está muy bien helado, y que él os cuidará para que no os hagais el menor daño.

RAFAEL.

¡Qué gusto! ¡qué gusto! aprenderemos á patinar. Es cosa muy divertida. Aceptareis ¿no es verdad, mamá?

LA MAMÁ.

Acepto para tí y para Leonardo: á Francisco no puedo dejarlo ir.

FRANCISCO.

¿Y por qué, mamá?

LA MAMÁ.

Tú debes comprenderlo, hijo mio. Es imposible aprender á patinar sin resbalar, y dar porrazos algunas veces, y no quiero dar al señor de Cuesta el disgusto de que te vea llorar y gritar á cada instante.

Demasiado conoció Francisco que tenia razon su mamá, y no se atrevió á responderla. Mas tarde, cuando fué á verle á la cama, lo encontró llorando.

—¡Oh! dijo, ¡cuán desgraciado soy! Porque no puedo divertirme y estar alegre y contento como los demás.

LA MAMÁ.

No digas que no puedes, dí que no quieres. Toma la firme resolucion de corregirte de tu vergonzoso defecto. Lo conseguirás seguramen-

te y serás capaz de hacer cuanto hacen los demás. Lo mismo eres tú y de igual constitucion que tus hermanos. Cuando te hagas mal, ponte la mano en la boca, y dite: no quiero llorar. La primera vez te cóstará trabajo, pero luego te habituarás perfectamente.

FRANCISCO.

Sí, mamá, tienes razon. Estoy resuelto á corregirme. Voy á pedir á Dios que me ayude y me sostenga en mi buen propósito. Envíame con mis hermanos, y yo te doy palabra de que aunque me rompa una pierna, no chillaré ni una sola vez.

Viendo la mamá que en efecto parecia sériamente haber tomado su resolucion, se lo prometió, y á la mañana siguiente los tres marcharon muy gozosos á la casa de campo del señor de Cuesta.

Allí encontraron un gran número de niños de la vecindad.

Patinaban los mas grandecitos, mientras que los pequeñuelos se dejaban resbalar por las orillas del estanque.

Habia tambien trineos en que se sentaban los niños, y que antes usaban los patinadores sobre el hielo con grandísima rapidez.

Atrajeron á Francisco las carcajadas de los niños que se dejaban resbalar, y que á cada instante se caian los unos sobre los otros, y se volvian á levantar alegremente.

Los imita, y no tarda en caer tambien bastante rudamente. Se le escapó un ligero grito que al punto reprimió en su boca apretando los dientes.

Le pareció que al instante esto hacia disminuir el dolor, y que cesaba mas pronto que cuando se ponia á llorar: así lleno de ardor volvió á comenzar su juego con mas ánimo.

Volvió todavía á caer varias veces, pero sin pensar siquiera en gritar.

De pronto, y como se hubiese apartado un poco de sus compañeros para dar un resbalon mas grande, oyó gritar detrás de él: «¡Paso! ¡paso!» pero antes de tener tiempo de separarse, le tropezó un trineo lanzado con estrema rapidez. El pobre niño fué arrojado tan violentamente de cara sobre el hielo que echó abundantemente sangre por las narices.

Acudió el señor de Cuesta á levantarle.

—No, no quiero, gritaba Francisco.

SEÑOR DE CUESTA.

¿Pero qué es lo que no quieres, hijo mio?

FRANCISCO.

No quiero llorar, no quiero gritar, y trabajo me cuesta porque me he hecho muchísimo mal.

SEÑOR DE CUESTA.

Ven conmigo, el mal va á pasarte muy pronto. Eres muchacho valiente, y no un quejumbron.

En cuanto lavaron y limpiaron la cara á Francisco, el señor de Cuesta anunció que era hora de entrar en la quinta, é hizo subir á su valiente herido como él le llamaba, á su lado, en un magnífico trineo tirado de cuatro hermosos caballos blancos. Dió al trote un paseo por el parque antes de ir á la quinta donde se hallaban todos los

niños reunidos en el comedor alrededor de una magnífica merienda.

Al terminarla, el señor de Cuesta llamó á Francisco á su lado, y le dió una bonita caja de dulces con una guirnalda verde diciéndole:

—Querido niño, recibe esto como recompensa de tu escelente comportamiento. Has demostrado hoy á la vez mucha fuerza de voluntad, y mucho ánimo.

Y volviéndose despues á los otros niños añadió:

—Recordad, amiguitos, que el mas noble valor es el que consiste en soportar el dolor sin quejarse. Estoy seguro que ninguno de esos muchachos grandullones que ayer tanto se burlaban de este niño, hubiese podido contener un grito si hubiesen recibido el golpe que tan valerosa y bizarramente ha soportado.

Júzguese de la alegría, y el orgullo de Francisco, cuando al volver á su casa, y abrazar á su madre al contarle todo cuanto habia pasado, la dijo:

—Estoy corregido, completamente corregido.

IV

PEPITO.

En una miserable cabaña á la orilla del mar hallábase sentada una pobre mujer remendando unos harapos, mientras se levantaba un chiquillo de unos ocho años, y dos niñas mas pequeñitas dormian todavía echados en un miserable jergon.

—Mamá, dijo el niño Pepito á la pobre mujer, no podrias comprarme otro pantalon. Ayer me lo compusistes, y ya tiene una pierna rasgada

de arriba abajo, y en la otra hay tres agujeros. No me atrevo á ir hácia el pueblo desde que se

me ven las carnes, y voy tan mal vestido. Tengo miedo de que se burlen de mí, y me quedo en la playa donde no veo á nadie.

Mientras hablaba su hijo habia la pobre madre ocultado el rostro entre sus manos y lloraba: al fin levantó la cabeza y dijo:

—Mucho tiempo hace que deseo darte uno, mi pobre Pepito, para que puedas volver á la escuela, é ir el domingo á la iglesia como antes, pero esto me es imposible, absolutamente imposible, no gano solamente ni lo bastante para compraros pan.

PEPITO.

No te apesadumbres así, madrecita. Tú misma me lo has dicho muchas veces, Dios tiene cuidado de los infelices, y no me dejará andar desnudo. Además, muy pronto voy á ser bastante grande para ayudarte á ganar dinero.

LA MADRE.

¡Ah! mi querido hijo, en cualquiera posicion en que te encuentres, guárdate mucho de tener aficion á la bebida. No pruebes jamás el vino ni el aguardiente. A él debemos el vernos como nos vemos, perdidos. Si tu padre no hubiese tenido ese defecto tan terrible viviria aun y sería-

mos felices como en los primeros años de mi matrimonio. En aquellos felices tiempos nos para-

ban siempre nuestros vecinos para admirar lo lindos que érais, y lo bien vestiditos que os llevábamos. Tu padre era pescador, y ganaba muy bien. Pero poco á poco se dió á beber y no me traia ya su dinero.

PEPITO.

¡Ah, sí, pobre mamá! y por la noche cuando volvia á casa os pegaba, yo recuerdo haberlo

visto bien, y tenia tanto miedo que me escondía debajo de la cama ó huia fuera de la casa. En aquellos momentos desconocia á mi padre, que siendo de ordinario tan dulce, tan afable, se ponia como una fiera.

LA MADRE.

Y una vez que no podia tenerse sobre las piernas cayó en un estanque, donde se ahogó dejándonos en la mas espantosa miseria.

PEPITO.

No tengas miedo, mi querida mamá, demasiado presente tengo aquella terrible escena para mirar toda mi vida como un verdadero veneno al vino y al aguardiente. Jamás los probaré. Pero mira, ahora que me has recosido el pantalon no está todavía tan malo.

Al decir esto Pepito, tomó un pedazo de pan seco que le dió su madre y se alejó de la cabaña. Fué á sentarse sobre una roca un poco elevada sobre el mar. Era aquel un sitio muy aislado á donde iba muy á menudo desde que tenia miedo

que reparasen en sus rotos y destrozados vestidos. Permanecia allí horas enteras mirando pasar los buques, y codiciando ser uno de los grumetes que veia trepar por sus mástiles ó bien se divertia en tirar piedras al agua á la mayor distancia posible.

Habia adquirido una estraordinaria destreza en este ejercicio; empero no estaba este dia de humor de divertirse y decíase á sí mismo:

—¡Qué lástima que sea yo tan pequeñito para trabajar! quisiera tanto ganar dinero para comprarme un pantalon. Veo que mi mamá tiene mucha pena en no poder darme uno. Pero tengo una idea. Allí abajo veo hombres y mujeres que andan recogiendo almejas, lapas y otros mariscos, ¿por qué no he de hacer yo lo que ellos? Para eso no se necesita ni ser grande ni fuerte, tengo un cuchillo roto que me servirá para desprenderlas de las peñas, y en casa he visto un cesto viejo, que voy á buscar para irlas echando dentro. No diré nada á mi mamá, quiero causarla una sorpresa, esconderé mi dinerito, y cuando tenga lo bastante, yo mismo me compraré mi pantalon. ¡Qué asombrada se quedará cuando me presente á ella bien vestido!

Dicho y hecho: corrió á su casa, trajo el cesto y puso manos á la obra con el mayor celo. No le detienen los parajes mas difíciles, salta por encima de los agudos peñascos, trepa á las mas resbaladizas y escarpadas rocas, muchas veces con agua á la rodilla, y concluye por tener una pequeña cantidad de hermosas almejas, lapas, percebres y otros mariscos. Ahora lo difícil es el venderlos. No tiene atrevimiento bastante para ir á ofrecer su mercancía, y luego tiene verguenza de su andrajoso vestido. Sin embargo, se aventura á acercarse á una linda casita de campo que se veia á corta distancia de allí. La puerta del jardin está abierta, se adelantan por ella tímidamente dos lindas niñas de cinco á siete años que jugaban con sus muñecas, se acercan á él curiosamente y miran en su cesta.

—¿Qué tienes ahí, le pregunta la mayor, conchitas negras? No son bonitas y además son todas iguales. ¿No tienes de otras clases?

PEPITO.

Son almejas, señorita, y las vendo para comer. Son muy ricas, tenga vd. la bondad de pre-

guntar á su mamá si me las quiere comprar.

Entraron las dos niñas corriendo en la casa y volvieron á muy poco á presentarse con una señora que tenia un aire sumamente cariñoso y afable.

LA SEÑORA.

¿Traes almejas que vender? le dijo á Pepito, ¿cuánto quieres por todas las que hay en la cesta?

PEPITO.

No sé, señora.

LA SEÑORA.

¡Cómo! ¿con que no sabes el precio que quieres por ellas?

PEPITO.

No señora, es la primera vez que las vendo; no sé lo que valen.

LA SEÑORA.

¿Estarás contento si te doy dos reales?

PEPITO.

¡Contentísimo! ¡Soy muy feliz! ¡dos reales ganados por mí mismo! Pero señora, esta moneda es muy bonita y tengo miedo de perderla. ¿Si fuese vd. bastante buena que quisiese dármela en cuartos?

LA NIÑA.

¿Tú no le das á tu mamá el dinero para que te lo guarde?

Bajó la cabeza con aire cortado Pepito mas despues se resolvió á decir:

PEPITO.

Quisiera guardarlo yo hasta que juntase lo bastante para poderme comprar un pantalon.

En efecto, que bien lo necesitas, amigo mio. Bueno, traeme algunas veces almejas, yo te las compraré.

Dió gracias Pepito á la señora, y se marchó lleno de gozo. Ató cuidadosamente á la punta de un pañuelo viejo sus dos reales en cuartos y en lugar de volverse á su casa se metió de nuevo en las rocas á la orilla del mar, donde sabia que encontraria lindas conchas y bonitas yerbas marinas. Hizo una buena provision de ellas, las limpió y formó una especie de cestita con las yerbas mas fuertes y arregló lo mas bonitamente que pudo las conchas, las plantas encima.

En seguida tomó el camino de la hermosa casa blanca.

—Esas lindas señoritas, se decia, parece que deseaban conchas. Su mamá ha sido tan buena conmigo que seré muy feliz en poder proporcionarlas esa corta satisfaccion.

Todavía estaban aun las dos niñas en el jardin. Contentísimas quedaron cuando las ofreció las conchas y las plantas.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Luisa, la mayor de las dos hermanas.

—José, señorita.

—Y bien, José, aguárdame; tengo cuatro cuartos en mi bolsillo y voy á buscártelos.

—No, señorita, dispénseme vd. pero yo no

quiero vender las conchas; yo buscaré otras mas bonitas y vd. me las pagará, pero estas tendria el mayor placer en que las recibiese vd.

—¿Pero y el pantalon que tienes que comprarte?

—Yo ganaré lo bastante con mis almejas.

—Pues entonces, muchísimas gracias, son muy lindas estas conchitas ¿no es verdad, Juanita?

—Sí, y eres un buen muchacho, aunque no estas bien vestido.

Desde aquel dia habia olvidado Pepito un poco su temor de que le viesen, y casi todas las mañanas iba á la entrada de la aldea á situarse delante de una ropería barata donde habia visto un pantalon que le parecia hecho espresamente á su medida. Tenia puesto el precio en un papel; valia ocho reales y todo su miedo era el que lo vendiesen antes de que él tuviese las dos pesetas en su bolsillo.

Así es, que trabajaba todos los dias con gran ardor.

No todo el mundo le pagaba tan bien sus almejas como aquella buena señora; empero al cabo de unos diez dias llegó á juntar la cantidad.

Un viernes por la tarde fué cuando recogió los últimos cuartos, y en toda la noche no pudo pegar los ojos de gusto.

A la mañana siguiente encontró á su madre dando vueltas arriba y abajo con una camisola que se caia á pedazos.

—¡Ay! decia, nunca me atreveré á ir á la iglesia con esto. Sé bien que Dios oye desde aquí mis oraciones, pero mucho me cuesta el no poder ir á su casa á pedirle que me ayude.

—Ahora, pensó Pepito, necesito trabajar para comprar una camisola á mamá.

Al ponerse sus pantalones viejos reparó que mientras estaba en la cama su madre los habia remendado, tapando los mas grandes agujeros.

—Están en mucho mejor estado que su camisola, se decia, y además, ¿no es justo que se sirva á la madre primero que al hijo? Sí, cuésteme lo que me cueste, estoy decidido, quiero comprarla una camisola para que pueda ir mañana á la iglesia.

Corre á la tienda y pide una camisola. Pero ¡ay! no las hay de menos de tres pesetas, y cuando propone tímidamente á la tendera que se la dé por sus dos pesetas, prometiendo pagar

la otra á la semana siguiente: le respondió:

—Pagármela tú, si tuvieses pesetas á tu disposicion no andarias con un vestido tan lleno de agujeros.

Retiróse el pobre niño ruborizado, vergonzoso y con no pocas ganas de llorar. Por el camino iba reflexionando, y diciéndose:

—¿Si fuese á pedir á aquella buena señora que me prestase una peseta? como con frecuencia me compra almejas, sabe muy bien que gano dinero y que podré devolvérsela.

Dirigióse al punto hácia la casa blanca, y no atreviéndose á llamar á la puerta, aguardó á que llegase alguno y que abriesen.

Al fin la niña Juanita le vió desde la ventana y bajó corriendo á donde estaba.

—¿Me traes conchas, Pepito? le dijo. ¡Por qué estás triste, y todavía no traes tus pantalones nuevos! Mamá, mamá, van á preguntar á Pepito que es lo que tiene.

El muchacho contó á la señora lo que le habia sucedido, y pidió tímidamente la peseta, prometiendo trabajar para devolverla lo mas pronto posible.

—Haces mal en pedir prestado, le respondió la

señora. No se debe de gastar mas dinero del que se tiene. Nunca estas seguro de poder devolverlo, porque mañana, hoy mismo, puede mandarte Dios una enfermedad que te impida trabajar, y aun hacerte morir. Como tu objeto es muy loable quiero prestarte esa cantidad, y aun iré contigo á hacer tu compra, para que no te engañen. Vamos, poneos los sombreros, niñas, y venid con nosotros.

Cuando la tendera vió á la señora, estuvo mas atenta con ella que con el pobre Pepito, porque era una mala mujer que solo trataba de ganar el mas dinero posible, y solo hacia caso de las gentes ricas.

Dió á la señora por tres pesetas una camisola mucho mejor que la que antes la habia enseñado, y despues á peticion suya sacó los pantalones conque tanto habia soñado Pepito, y una blusa azul. Pagó la señora las tres prendas, las cogió, y cuando estuvo fuera de la tienda dijo al niño:

—Aquí tienes tu camisola, pero recuerda que me debes de pagar treinta y cuatro cuartos en toda esta semana. En cuanto á la blusa y los pantalones, es un regalo que te hago yo con el mayor gusto. Desde el primer dia que te vimos,

queria Luisa que te hiciese yo ese regalo, pero me negué á ello, porque hubiese sentido que hubieses tomado la costumbre de pedir las cosas en lugar de trabajar para ganarlas. Ahora que veo que eres laborioso y perseverante ya no temo que te hagas un mendigo.

PEPITO.

¡Oh! no señora, puede vd. estar muy segura. Me avergonzaria de ello. Si vd. cree que vale mas que gane estos vestidos, guárdelos vd. hasta que tenga dinero con que pagarlos.

LA SEÑORA.

No, hijo mio, tú los has merecido y rehusándolos demostrarias un amor propio fuera del caso. Ven á vernos cuando te los hayas puesto. Juanita se alegrará mucho de verte bien vestido.

PEPITO.

Es vd. muy buena, señora. ¡Y cuán contenta se va á poner mi madre!

Entró en su cabaña, mientras su madre estaba trabajando fuera para ganar un jornal. Colocó la camisola bien estendida sobre la cama, y despues de haberse esmeradamente lavado y peinado se puso su vestido nuevo. Mirábanle con asombro sus dos hermanitas y saltaban de contento al verle tan guapo.

—Ya os compraré tambien á vosotras vestiditos nuevos uno de estos dias, las dijo:

Cuando volvió á casa su madre, se precipitó á su encuentro gritando:

—¿No tenia yo razon al decir que nuestro buen Dios no me dejaría andar desnudo? Mira mis hermosos vestidos.

Llevándola despues cerca de la cama añadió:

—Ves esta camisola, yo soy quien la ha comprado con el dinero que he ganado trabajando pescando almejas.

Abrazábale su madre con los ojos llenos de lágrimas de alegría diciéndole:

—¿De veras, hijo mio? Si así fuese tendría mil veces mas placer en llevar este vestido que si me lo hubiesen dado por caridad: pero cuéntame como ha sucedido todo esto.

Mientras que hacia su relacion, olvidaba la

pobre viuda todos sus pesares, y no pensaba sino en el reconocimiento que debia al Señor por haberle dado un hijo tan bueno.

Al concluir añadió Pepito:

—Ahora no voy á descansar hasta juntar los treinta y cuatro cuartos que debo á aquella buena señora.

Al dia siguiente, Domingo, no trabajó y fué á la iglesia agarrado del brazo de su madre á dar gracias á Dios de todos los beneficios de que la habia colmado. El lunes muy tempranito cogió su cesto y su cuchillo viejo y corrió á la orilla del mar. ¡Ay! Se habia levantado durante la noche una furiosa tempestad, enormes olas cubrian las rocas donde estaban las almejas.

En vano aguardó á que bajase la marea lo bastante para poder ir á ellas, un fuertísimo viento impelia las olas, tuvo que renunciar á su propósito. El mismo disgusto tuvo por espacio de tres dias. Al cuarto al ver la mar mas embravecida que en los dias anteriores fué á sentarse en su roca favorita con el corazon traspasado de dolor.

—¡Ay! decia, va á creer aquella señora que no quiero devolverla su dinero, que soy un perezoso, un ing rato!

Detúvose de repente en medio de sus lamentaciones á la vista de un pequeño buque que arrastraba con irresistible fuerza el viento hácia el punto de la costa donde se hallaba.

—Va á estrellarse en las rocas, esclamó. ¡Dios mio, salva á esos pobres marinos! Vedlo todo de costado, las olas lo sumergen por momentos; ¿si corriese á buscar socorros? Pero estoy lejos de todo el mundo, el pobre navío se habrá hecho pedazos antes de que yo haya vuelto. Los hombres podrán tal vez nadar hasta aquí con tal que sepan nadar y no los traguen esas espumosas olas.

Habia en efecto, el navío encallado tan cerca de la roca sobre la que estaba José que podia ver todo lo que la tripulacion maniobraba á su bordo.

Cubríanlo las olas á cada momento, y era evidente que no podian permanecer así mas largo tiempo sin ser arrastrados por ellas. José repetía siempre.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! tened misericordia de ellos.

De pronto da un grito de alegría, saca de su bolsillo un ovillo de cuerda que le habia servido

para remontar una cometa, ata una piedra á la punta, y la arroja con fuerza hácia el navío. Hemos dicho que era muy diestro en este ejercicio, sin embargo, la primera piedra cayó en el agua. Retira su cuerda y arrojó una segunda piedra, igual desgracia; pero al fin á la tercera fué la vencida, cayó sobre el navío al pié de un hombre que la recogió, desata la piedra, y ata á la cuerda la punta de un largo cable que José tira poco á poquito hácia la tierra. Mira y busca en derredor suyo donde amarrarlo, empero ni arbol, ni poste, ni nada que para eso pueda servirle encuentra.

Tiene miedo de no ser bastante fuerte para sostener la cuerda, cuando los hombres se agarran á ella para ganar la playa. Si es arrastrado y precipitado al pié de las rocas es probable su muerte. ¿Qué hacer?

—Preciso es que yo los salve, se dijo á sí mismo, y Dios me ayudará dándome fuerzas.

Enrosca la cuerda al rededor de su cuerpo, la coge con sus dos manos y se sienta en tierra apontocando fuertemente los pies contra una salida de la roca.

Ve al grumete bajar á lo largo del navío, ar-

rojarse á la mar, y luchar contra las olas agarrándose siempre á la cuerda; al fin llega á la orilla y trepa á la roca á su lado.

—Ayúdame, le grita, no puedo mas.

Aunque estenuado de fatiga el grumete se sienta á su lado, y los dos valerosos é intrépidos niños tienen la felicidad de ver desembarcar uno tras otro los tres marineros y el capitan los únicos hombres que componian la tripulacion del buque. Cuando vió el capitan que era un niño el que con tanto valor é inteligencia los habia socorrido, no hallaba medios bastantes para demostrarle su admiracion y agradecimiento.

—Probablemente hubiera podido llegar yo á nado á la orilla, pero el grumete y dos de mis gentes no sabian nadar, y no hubiera querido jamás abandonarlos. Duro me hubiera sido perecer á la vista de mi mujer, y de mis hijas, porque yo tengo muy cerca de aquí mi casa. Venid, amigos mios, y os llevaré á ella. Tenemos necesidad de secarnos la ropa.

Cuando estuvieron cerca de la poblacion el capitan les enseñó la casa blanca, y dijo.

—Allí es donde vamos.

—¿Qué, interrumpió Pepito, seria vd. por ven-

tura el marido de esa buena señora que vive ahí, y el papá de dos lindas señoritas?

—Si, amigo mio, ¿las conoces tú?

—¡Toma, si las conozco! ellas son las que me han regalado estos vestidos. Pero vd., caballero, que ha visto que mala está la mar, me hará el favor de decir á esa señora que no se puede con el temporal coger almejas, y que por eso no la pago.

EL CAPITAN.

¿La debes tú dinero?

PEPITO.

Sí, señor, treinta y cuatro cuartos justos y cabales.

EL CAPITAN.

Pues bien, hijo mio, ahora es ella la que te debe á tí, y mas que dinero, porque acabas de salvar la vida de su marido. Vuelve á tu casa, y dentro de algunos dias verás lo que hago por tí.

Ocho dias despues el capitan, acompañado de su mujer y de sus hijos, entró en la pobre cabaña de la viuda, y la dijo:

—Vengo á pedir á vd. me deje llevar conmigo á Pepito: he obtenido el mando de una linda fragata, y aunque sea muy niño todavía para grumete, yo me encargo de su educacion. Es intrépido é inteligente, y estoy seguro de que haré de él un escelente marino. ¿Con que le acomoda á usted?

—Sí, señor, somos muy felices, y aceptamos sus beneficios.

El capitan le dijo á Pepito:

—En cuanto á tí, hijo mio, no pases penas por la suerte de tu madre durante tu ausencia: mi mujer y mis hijas tendrán cuidado de ella.

Fácil es figurarse la alegría y satisfaccion de nuestro Pepito, que siempre habia deseado mucho ser grumete. Mayor fué todavía su contento y felicidad cuando á la vuelta de su primer viaje trajo una buena cantidad de dinero, y una porcion de regalos para su madre y sus hermanitas.

V.

DESOBEDIENCIA Y ATURDIMIENTO.

El señor y la señora de Guzman tenian tres hijos: la mayor, Isabel, era una buena muchacha de nueve años: los otros dos eran dos niños de seis á siete años llamados Victor y Amadeo.

No tenian mal carácter estos dos últimos; tenian buen corazon, y cuando veian que estaba enfadada con ellos su madre lo sentian, pero eran tan aturdidos, que olvidaban sin cesar lo que les habia prohibido, y se atraian con esto frecuentes castigos.

Cuando se les metia una idea en la cabeza, nunca reflexionaban antes de ponerla por obra si era malo lo que iban á hacer, si podian hacerse daño ú ofender y disgustar á alguno. Muchas malas acciones les hizo cometer este defecto, y les causó muchos pesares.

Tenia Isabel un lindo gatito blanco todavía muy jovencito y al que queria muchísimo. Nada era mas gracioso que aquel animalito cuando jugaba con una bola de papel atada á un hilo. Probablemente debia figurarse que era un raton, porque lo acechaba largo tiempo, saltaba ligero sobre ella, y la empujaba con su uñita de color de rosa para hacerla adelantar.

Seguia á todas partes como un perrillo á su amita, cuando se paseaba por el jardin, y no se cansaba ésta de admirar su gentileza y de celebrar sus gracias.

Bien hubieran querido Victor y Amadeo jugar y divertirse tambien con Mimí, pero su madre se habia visto precisada á prohibírselo, porque siempre acababan por hacerle chillar apretándole demasiado fuerte en los brazos, ó tirándole de la cola ó de los bigotes á pretesto de divertirse.

Un dia que Isabel habia salido con su mamá,

F. SIMON S.

se quedaron sus dos hermanitos jugando solos en el jardin.

Vieron de pronto á Mimí que habia tenido la desgraciada ocurrencia de haber ido á echarse en el carbon y que se habia puesto tiznado como un carbonero.

—¡Qué feo está! esclamó Victor dando una carcajada. ¡Y Isabel que es tan limpia qué dirá! Mucho va á regañarle.

—El agua todo lo hace limpio, dijo Amadeo. Vamos á lavarlo, hace un sol muy hermoso y pronto se secará. Cógele, y pónle debajo de la bomba, mientras yo le doy á la máquina.

Dicho y hecho: á pesar de los lastimeros maullidos del pobre animal, y de sus esfuerzos por desasirse de sus manos, le tuvieron un buen rato bajo el caño de agua helada, y como viesen que cada vez estaba mas negro, lo empaparon despues en el cubo.

Cada vez que mayaba le zambullía Victor la cabeza debajo del agua para castigarle, decia, de ser tan malo.

No cesaron en este cruel juego, sino cuando oyeron que los llamaba su madre. Entonces acordándose de que no solo les habia prohibido

tocar al gato, sino tambien el jugar con agua, se avergonzaron de su doble desobediencia, y poniendo ligeros á Mimí en el suelo, corrieron á la casa. Los llamaban para dar una leccion.

Su escesivo aturdimiento perjudicaba notablemente á sus estudios. Cuando llegaba el maestro habia siempre que perder una parte del tiempo en hojear los papeles, los libros, la pluma, porque estos señoritos nunca pensaban en dejar las cosas en su sitio.

Con frecuencia no se sabian la leccion, y entonces eran castigados.

Este dia la supieron bien, y despues de darla se pusieron á jugar con sus caballitos de carton.

Olvidados completamente se hallaban del pobre Mimí, cuando oyeron á su hermana que volvia del jardin sollozando. Corrieron á su encuentro para ver lo que tenia, porque la querian mucho y se apesadumbraban siempre que tenia algun pesar. Figuraos su desolacion cuando vieron que Isabel traia en sus brazos su gatito todo hecho una sopa y muerto, completamente muerto. Los pícaros de los niños le habian hecho beber tanta agua al zambullirle, que le habian ahogado. Habia adivinado la niña que sus hermanitos

habian hecho aquella fechoría, pero lloraba tan fuerte, que no habia tenido medio de hacerles la

menor reconvencion. Acudió su madre, y cuando supo lo que habia pasado, se incomodó tanto contra sus hijos, que les declaró que en ocho dias no la habian de ver la cara contenta, ni los habia de besar, porque no podia acariciar á unos niños tan crueles y de tan mal corazon.

—Mi querida mamá, decia Amadeo; te aseguro que no teníamos la idea de hacerle mal, no queríamos mas que lavarle. Mucha pena me cau-

sa esto, añadió llorando, pues se ha muerto el pobrecito gato, y le hemos dado sin querer este disgusto á Isabelita.

LA MADRE.

Los chillidos del animalito debian advertiros que le estabais haciendo mal, ó que al menos le atormentabais cruelmente. Además, todo esto procede de vuestra desobediencia. Os habia prohibido tocar á Mimí, porque yo sabia que aun sin querer le habíais de hacer mal: os habia prohibido tocar al agua porque sabia que eso os haria hacer alguna tontería. Si me hubiéseis obedecido os hubiéseis evitado ese disgusto así como tambien á vuestra hermana.

VICTOR.

Habíamos en aquel momento olvidado todos tus encargos, mamá.

LA MADRE.

No os costaria tanto el obedecer si estuvié-

seis en la persuasion de que cuando vuestros padres os prohiben alguna cosa lo hacen con justo motivo, y que estos motivos los dicta siempre vuestro propio interés, y no el capricho de contrariaros.

Victor y Amadeo, para consolar á Isabel de la pérdida de su querido Mimí, juntaron sus ahorritos para comprarla un lindo canario con su jaula.

Quedóse muy contenta, pero la pobre niña no gozó del canario largo tiempo.

Un dia que habia salido Isabel, quiso Amadeo coger el pájaro para domesticarlo y se le escapó, y como nuestro aturdido no habia tenido cuidado de cerrar la ventana del cuarto, se voló al árbol mas alto de las inmediaciones, de donde no fué posible hacerle ya volver.

Tenian nuestros dos niños para sí un bancal en el jardin, donde podian arrancar, coger, plantar cuanto les diese la gana; estándoles prohibido en el resto del jardin el tocar á las flores y la fruta, y sobretodo el subirse á los árboles.

Con frecuencia olvidaban alguna de estas prohibiciones. Sin coger precisamente las flores, las echaban á perder golpeándolas con sus bastoncitos, ó bien pisando en los recientes sembra-

dos ó tronchando los arbustos saltando sobre sus ramas. Entonces el jardinero se quejaba á la señora de Guzman y eran castigados. Jugaban un dia en el jardin á Robinson y el negro Domingo en su isla, quisieron coger granos para figurar sus comiditas, y como era en el mes de abril encontraron muy poco.—Victor descubrió en una cerca de yerba unas bolitas encarnadas de forma prolongada. Olvidando que le estaba prohibido con frecuencia el probar nada que no conociese bien, comió dos ó tres de aquellas bolitas para ver si eran grosellas: despues fué á encontrar á su hermano para ayudarle á pelar un arbolito de una masa de botones verdes que parecian guisantes, y que debian representar sus legumbres. Acababan de terminar esta bella operacion, cuando llegó su madre para ver qué es lo que estaban haciendo:

—¡Qué estais haciendo, desgraciados! esclamó, habeis quitado los botones de mi mas hermoso guindo. Ahora por todo este año será como un árbol muerto, ni tendrá hojas, ni ramas, ni flor, ni fruto: todo lo habeis destruido. ¿Cómo habeis podido hacer semejante tontería?

AMADEO.

Mamá, no sabíamos que estos botones ó capullitos verdes se habian de volver en todo lo que dices; creíamos que eran granitos de árbol: si hubiéramos sabido que eso impedia al árbol el tener buenas guindas, no lo hubiéramos hecho.

LA MADRE.

Sabíais perfectamente que no debíais de coger nada en el jardin sin pedirme permiso, y veis con cuanta razon os habia impuesto esta prohibicion. No es justo que los demás paguen vuestras tonterías. Otros guindos hay en el jardin, pero al destruir los frutos de este árbol, habeis destruido vuestra propia parte. No probareis ni una sola guinda este año.

Algunas horas despues de esta conversacion, llamaron para comer. Todo el mundo se reunió en el comedor, escepto Victor á quien en vano se llamó. Pusiéronse á buscarle por todas partes, y su madre lo encontró en su cuarto horriblemente pálido, padeciendo mucho y con espantosos vó-

mitos. Asustadísima la señora de Guzman, hizo llamar inmediatamente á un médico.

Despues de haberlo examinado muy bien, y héchole mil preguntas, descubrió el doctor que se habia envenenado comiendo los granos encarnados.

Le recetó al punto una bebida muy amarga, y que le causaba contínuas convulsiones.

—Que cada cuarto de hora tome una cucharada de esto hasta que yo vuelva, dijo á la señora de Guzman. Espero que esto no sea nada, porque felizmente hemos acudido á tiempo, y no ha comido mucho de esos granos, porque sino no hubiésemos podido salvarlo. Es un veneno tan activo que he visto morir á dos niños por haber comido de ellos en pocas horas, y lo mas triste es que de sus resultas su pobre madre perdió la razon.

Mucho afectó esta historia á los dos niños. Aterráronse al pensar en las funestas consecuencias que hubiera podido tener su desobediencia, y esto les hizo hacer sérias reflexiones.

Al dia siguiente, todavía estaba Victor muy pálido y débil, y tuvo que guardar cama. Amadeo, que habia tenido muchísimo miedo de ver

morir á su hermano, comenzaba á tranquilizarse, empero aun estaba pensativo.

De repente preguntó á su madre.

—Mamá, ¿qué deberé yo hacer para ser obediente? Cuando me pongo á jugar olvido cuanto me has prohibido.

—Y yo tambien, dijo Victor; te aseguro que quisiera ser muy juicioso, pero siempre olvido lo que debo de hacer para eso.

LA MADRE.

Si yo estuviese sin cesar allí para advertiros cuando vais á hacer una cosa que no es regular ¿no os contendríais?

LOS DOS NIÑOS.

De seguro, mamá, siempre cometemos nuestras faltas cuando tú no estás presente.

LA MADRE.

Yo no puedo desgraciadamente estar siempre á vuestro lado, y aun cuando lo estuviese, no

podria adivinar lo que vais á hacer: muchas veces no noto vuestra falta sino despues de cometida. Reflexionad que hay uno que está siempre á vuestro lado, y que anticipadamente conoce vuestras menores intenciones.

AMADEO.

Sí, mamá, Dios.

LA MADRE.

¿Y no habeis pensado nunca en pedirle que os recuerde vuestro deber en los momentos que vais á olvidarlo?

VICTOR.

Le pedimos todos los dias y todas las noches que nos haga juiciosos y no nos deje caer en la tentacion, pero no nos habla. ¡No puede como tú decirnos lo que debemos de hacer!

LA MADRE.

Te equivocas, hijo mio; puede hacerlo mucho

mejor que yo, y lo hace probablemente muchas veces. Unicamente que no lo habeis reparado vosotros. Su voz no habla á vuestros oidos, sino á vuestros corazones. Ella es la que os dice: «es malo eso que vais á hacer, ó bueno, ten cuidado en no afligir á tus padres y hacer que te castiguen.» Si no os habla mas frecuentemente, es probablemente porque no deseais lo bastante el oir su voz. El Señor está siempre pronto á ayudar á los que desean corregirse, empero es preciso que lo deseen vivamente, que soliciten y pidan con ardor sus socorros y que trabajen ellos mismos de todo corazon en hacerse mejores.

VICTOR.

Te aseguro, mamá, que mis deseos son los de corregirme. Todas las mañanas voy á pedir á Dios que me impida hacer diabluras, y que me recuerde lo que debo de hacer.

AMADEO.

Y yo tambien, porque mas quiero que mamá

esté contenta conmigo y me haga fiestas, que no que me riña y me castigue.

LA MADRE.

No es solo porque yo te haga fiestas por lo que tú estás contento, sino tambien porque oyes en el fondo de tu corazon la voz de Dios que te dice que él está mas contento de tí: y eso es lo que se llama conciencia.

Durante algun tiempo permanecieron fieles á su propósito los dos niños. Todas las mañanas pedian fervorosamente á Dios, que no los dejase caer en tentacion, y durante el dia cuando oian su voz que los advertia, en lugar de sofocarla continuando aturdidamente en sus juegos como lo hacian antes, se detenian para escucharla, evitando de este modo muchas faltas.

Tan felices con este cambio se encontraban sus padres que al cabo de un mes de verlos tan juiciosos, quisieron recompensarlos con una agradable sorpresa.

Una mañana llamó su padre á los dos así como á Isabelita, y los llevó á una pequeña cuadra que habia cerca de la casa y que hasta entonces

solo habia servido de leñera. Allí encontraron dos borriquitas negras, preciosas, de una hermosa casta procedente de Africa. A su lado, y colgadas de la pared, se veian las riendas adornadas de borlitas de lana encarnada, sillas muy cómodas como las de los caballos; y por último, en una cochera al lado una elegante carretelita hecha espresamente para que las borricas pudiesen tirar de ella.

Tan asombrados y maravillados se quedaron los niños que permanecieron inmóviles y sin decir una palabra.

—Os doy las borriquitas en recompensa de los esfuerzos que habeis hecho hace un mes en correjiros, dijo el padre á los dos niños. A tí te regalo, mi querida Isabelita, la carretela. Pienso que tus hermanos te prestarán con gusto siempre que quieras sus cabalgaduras para que tiren de ella, y que querrán servirte de cochero y de postillon cuando tengas gana de dar un paseo en carruaje ó quieras hacer este obsequio á tus amiguitas.

Al oir estas palabras, hicieron oir tal concierto de gritos de gozo y de gratitud los niños, que era cosa de volverse uno sordo.

El señor de Guzman tuvo la complacencia de enseñarles á enganchar las borricas á la carretela, y despues les llevó á dar un lindo paseo al campo. Isabelita iba dentro del carruaje; Victor en el pescante y Amadeo montado en una de las borricas, hacia de delantero ó postillon.

Cuantos niños los veian pasar, los miraban con admiracion y envidia.

Cuando Isabel encontraba alguna niña de su conocimiento, la hacia subir á su lado en el carruajito, porque no era egoista, y le gustaba compartir sus placeres con sus amigas.

Las borriquitas trotaban mucho, y Victor y Amadeo estaban como locos de contento y de alegría. Cuando volvieron á la casa, dieron de comer y beber á las borriquitas, las cepillaron, y las metieron en la cuadra.

Su padre les prohibió el salir con ellas sin su permiso, pero al mismo tiempo les ofreció que si eran juiciosos y hacia buen tiempo, todos los dias darian un paseito, ya en las borricas, ya en la carretela.

A la mañana siguiente, el primer pensamiento de nuestros dos niños, fué para sus queridas borricas que llamaron Linda y Celmira.

Olvidaron el rezar, olvidaron su deseo juicioso, se vistieron de priesa y corriendo, y se marcharon á la cuadra. Trabajo no poco costó el arrancarlos de allí para que fuesen á sus lecciones, que dieron mal y de mala manera, porque estaban pensando siempre en otra cosa.

Despues del medio dia, vino á jugar con ellos su primo Adolfo. Era este un mocito de nueve años que parecia muy juicioso y muy racional cuando se hallaba delante de personas mayores estrañas, porque tenia mucho amor propio, y queria que formasen un buen concepto de él, pero cuando estaba solo con sus padres ó con otros niños ó criados, era con frecuencia desobediente, grosero y muy desagradable. Lo primerito que hicieron Victor y Amadeo fué llevarse á Adolfo á ver las borricas y el carruaje. Las admiró mucho, acarició á los animales, y dijo á sus primos:

—Pongámosles las sillas y llevémoslas al jardin, las haremos correr por las alamedas.

—Papá nos ha prohibido desatarlas del pesebre sin su permiso, respondió Amadeo, pero nos ha ofrecido que podríamos montarlas á las tres para dar un paseito.

ADOLFO

Sí, pero á las tres ya no estoy yo aquí y tengo ganas de ver si galopan bien.

Victor, ve á pedir á tu padre que nos permita desatarlas.

VICTOR.

Papá y mamá han salido y no puedo ir á pedírselo.

ADOLFO.

¡Mejor!! si han salido, podemos coger las borricas; no sabrán nada. Vamos, Victor, sé complaciente y ayúdame á ensillarlas.

Victor que no tenia menos gana de jugar con su borrica, hizo lo que Adolfo le pedia. Amadeo siguió su ejemplo, y cátate á mis tres niños haciendo galopar á mas y mejor á los pobres animales por las calles del jardin. Durante algunos instantes fué todo perfectamente, empero de repente Celmira se detiene y quiere pacer las flo-

res. Arranca un hermoso girasol, Amadeo la dá un varazo para impedirla que vuelva de nuevo á arrancar algo. Se obstina en quererse comer unos claveles y su amo la sacude mas fuerte. Entonces lanza un par de coces que felizmente no le dieron al niño, y desbocada se echa á correr atropellándolo todo.

Amadeo y Adolfo se ponen á seguirla, mientras Victor con grandísimo trabajo contenia á Linda que queria correr tras de su compañera.

Celmira, despues de haber dado muchas ve-

ces la vuelta al jardin, halló una puerta abierta y echó á huir por el campo, donde los muchachos

sin poder respirar, no tardaron en perderla de vista.

Grande fué la desesperacion de Amadeo que se imaginó perdida para siempre su borrica, y que se acusaba de haberlo causado con su desobediencia. No pudo determinarse á separarse del camino esperando á cada instante volver á ver presentarse á Celmira. Aconsejábale su primo que fuese á la casa á decir lo que habia sucedido, á fin de que enviasen un criado en busca del animalito, pero tenia tanta vergüenza Amadeo, que no se aventuró á correr el riesgo de encontrarse con su madre.

En esto estaban hacia mas de media hora, cuando Victor, que habia venido á reunírseles despues de haber llevado á la cuadra su borrica, dió un grito de alegría diciendo:

—Mirad allá abajo, allá abajo. Papá es quien la trae.

En efecto, el señor de Guzman, al venir á buscar á sus hijos para hacerles dar su ordinario paseo, habia encontrado á Celmira paciendo tranquilamente en una ladera del camino, y se la traia de la brida. Muchísimo se incomodó con sus hijos cuando supo lo ocurrido.

—Nunca hubiese creido, les dijo, que á tan poco tiempo despues de haberme dado una gran satisfaccion me tuviéseis reservado el gran disgusto de veros recaer en vuestros antiguos defectos. Merecíais que vendiese inmediatamente vuestras borricas. Sois indignos de tenerlas.

—¡Papá! ¡papá! clamaron llorando los dos niños, por Dios te lo pedimos, no hagas eso, ya no volveremos mas á ser desobedientes.

—Me habeis dicho eso mismo tantas veces, que no sé si debo de creeros. Sin embargo, consiento en no vender las borricas: pero estais privados de paseo con ellas durante ocho dias, y ni aun ireis á la cuadra á verlas. Si os portais bien durante este tiempo, os las devolveré, y si no no las volvereis á ver ya jamás.

Esto era un jueves, y quedó convenido que seria el viernes de la semana siguiente cuando volverian á entrar en posesion de sus queridas cabalgaduras. Hasta el miércoles por la tarde nada hubo que decir. Los niños fueron muy juiciosos. Rezaban con atencion todos los dias y se advertian mútuamente cuando se veian á punto de desobedecer.

El jueves volvió Adolfo para jugar con ellos.

Les preguntó si darian un paseo con las borriquitas en la carretelita, porque aquel dia traia permiso para quedarse con ellos hasta la hora de comer.

—No, dijo Amadeo, no tendremos permiso de pasear hasta mañana, y eso si somos buenos hoy todo el dia.

ADOLFO.

¿Pues á qué vamos á jugar?

VICTOR.

¿Quiéres que nos divirtamos haciendo que vamos á caza? te prestaré mi escopetita y tiramos á los pajarillos.

ADOLFO.

Sí, eso es.

Jugaron los tres niños algun tiempo á este juego, despues en seguida á los soldados, despues á la carrera, y por último, inventaron dis-

frazarse de grandes señores. Pusiéronse sombreros de hombre que encontraban en los cuelgacapas, se hicieron cuellos de camisa de papel blanco y despues cada uno con un baston en la mano se pusieron á andar con afectada gravedad.

—Somos jóvenes que se pasean por el Prado y la Fuente Castellana de Madrid, dijo Victor.

—Para parecernos enteramente á ellos, nos falta todavía otra cosa.

AMADEO.

¡El qué! ya caigo, un lente ó anteojos.

ADOLFO.

Un lente no vendria mal, pero sin embargo, no todos esos señores lo llevan. No es eso lo que yo queria decir.

AMADEO.

¡Ah! ya adivino, ¡un cigarro!!! es preciso hacer que fumamos.

ADOLFO.

¡Eso es!!! ¿no tienes algunas puntas de cigarros de tu papá que podamos cogerle?

AMADEO.

Yo he visto cigarros en un cajon en el despacho de papá. Yo creo que son cigarros viejos que no gasta y que no echará de menos.

VICTOR.

Sí, estoy bien seguro. Vamos á cogerle tres.

Una vez que tuvieron los cigarros en sus manos, les entró gran gana de encenderlos para poder lanzar grandes bocanadas de humo como veian hacer á sus padres.

Pero para esto era preciso tocar al fuego, y era una de las cosas que les estaban espresamente prohibidas.

—Coge fósforos, dijo Adolfo, é iremos á encenderlos fuera: así no correremos el riesgo de pegar fuego á la casa.

Aunque Victor conocia bien lo mal que hacia, tenia tantas ganas de fumar, que se decidió á coger algunos fósforos que encontró sobre la chimenea del salon. Cuando los tuvo, nuestros tres picaruelos se salieron al patio: pero allí, á medida que conseguian encender un fósforo, se lo apagaba el viento.

Amadeo no estaba tranquilo y decia sin cesar:

—Tengamos cuidado, si la mamá entra en su cuarto, nos va á ver por la ventana y nos reñirá. Vámonos al pajar, allí nadie vendrá á buscarnos y podremos encender mejor nuestros cigarros.

Entraron en el pajar, se sentaron sobre las cargas de paja destinadas para el pienso de las borricas. Despues de muchas tentativas inútiles lograron hacer arder sus cigarros, y se pusieron á fumar. No encontraron esto tan divertido como se lo habian figurado.

El humo les escoriaba la garganta, se les pegaba á ella y les hacia toser: pronto se sintieron mareados, y comenzaban á tener náuseas, cuando oyeron la voz del padre de Adolfo que habia venido á buscar á éste, y que andaba llamándole por todas partes. Tiraron muy lis-

tos sus cigarros y corrieron á reunirse con él.

Felizmente fumaba él mismo porque sin eso hubiera echado de ver el olor á tabaco que exhalaban los vestidos de nuestros tres tunantuelos. Les dijo que se llevaria á comer á los tres á su casa, y se fueron muy contentos de ver que no se habia descubierto su desobediencia.

A la noche siguiente se despertó de repente Amadeo, tosiendo violentamente en medio de una pesadilla en que creía estar todavía fumando.

Abre los ojos, se sienta sobre la cama, y aunque bien despierto, siente un humo que le sofoca y que se le mete por los ojos y por la garganta.

—¡Muchacha! ¡Victor! gritó muy asustado: mirad que hay en el cuarto que no puedo respirar.

Saltó de la cama la criada gritando.

—¡Dios mio, está el cuarto lleno de humo!

Abrió la puerta y retrocedió espantada, la escalera estaba ardiendo. Despertados por los penetrantes gritos que dan los niños, Isabela, el señor y la señora de Guzman, se levantan apresuradamente.

—Echaos pronto algunos vestidos, dijo el señor de Guzman, y permaneced tranquilos, voy á examinar el estado de las cosas.

Un instante despues, volvia diciendo:

—Imposible es que bajemos por la escalera, está hecha una brasa. Toda la parte de atrás de la casa esta ardiendo. Ha debido prenderse el fuego por la parte del pajar.

—Nuestros cigarros habrán sido la causa del incendio, dijeron los dos niños llenos de arrepentimiento y de terror; no hemos reparado donde los tiramos y habrán caido sobre la paja.

—¡Desgraciados niños! esclamó el padre, Dios quiera que no seais causa de nuestra muerte y de la de todos, y de una muerte horrible... Veamos si hay algun medio de bajar por la ventana. Afortunadamente todavía no salen las llamas por este lado. Han visto el fuego y se reune gente delante de la casa, pero nadie trae escaleras..... No hay tiempo que perder... Pronto, mujer, coge dos sábanas, átalas fuertemente por las puntas. Eso es, son bastante largas para llegar al suelo. Ahora, venid, niños, tú primero, Isabel.

El señor de Guzman ató con fuerza una tohalla al rededor del cuerpo de su hija, despues la

sujetó á una de las puntas de la sábana, encargándola se tuviese firme con las dos manos un poco mas arriba del sitio donde habia hecho el nudo: despues la hizo deslizarse hasta tierra donde la recibieron las personas que se hallaban abajo y la desataron.

Entonces tiró hácia sí de las sábanas é hizo bajar de la misma manera á los dos muchachos, á su madre y á la criada: cuando ya no quedó mas que él ató con fuerza su improvisada cuerda al poyo de la ventana y se dejó escurrir. Los criados tambien se salvaron, de modo que no pereció nadie mas que las dos borricas. El jardinero quiso hacerlas salir de la cuadra, pero espantadas por el resplandor del incendio no hubo fuerzas humanas que las hiciesen mover de su sitio y hubo que abandonarlas á su triste suerte.

Murieron víctimas de la desobediencia de sus jóvenes amos y de su propia terquedad.

Ardió cuanto habia en la casa del señor de Guzman; vestidos, muebles, vajilla, nada absolutamente pudo salvarse.

Los miembros de la familia á medio vestir tuvieron que refugiarse en la vecindad donde per-

manecieron hasta que pudieron encontrar donde alojarse.

Esta terrible leccion corrigió completamente á Victor y Amadeo, que desde entonces fueron mas reflexivos, estudiosos y obedientes y trataron de hacer olvidar á sus padres los pesares que les habian causado.

VI.

LA GOLOSINA.

Estoy seguro, mis queridos niños, que muchos de vosotros sois golósos, y que os figurais que esto no es un gran defecto. Ya se ve, es tan bueno el azúcar, los pastelillos, las frutas, los dulces, que es muy natural que os gusten.

Escuchad esta historia, y veréis hasta que punto pueden arrastraros esos gustos que creeis inocentes cuando no se trata de combatirlos.

Elenita era una niña muy guapa y muy ama-

ble. Seguro estoy de que jamás hubierra dado el menor disgusto á sus padres sino hubiera sido golosa.

Cuando era chiquita no podia ver el azúcar ni otras golosinas sin atormentar á todos para que se las diesen y cuando se las negaban se ponia á llorar y rabiar. Desgraciadamente tenia una niñera vieja que la mimaba mucho y se empeñaba en satisfacer todos sus caprichos.

A fuerza de comer golosinas, concluyó la niña por ponerse mala. Viendo su madre que en parte tenia culpa la niñera, la despidió y trajo otra jóven que tuvo órden de no dar nada á la niña sin permiso de sus padres.

La golosa llevólo muy á mal, y mas de una vez lloró para que la diesen un pastelillo ó una pastilla de chocolate.

—Mira, decia una vez á su niñera, dame solo un pedacito muy chiquitin de azúcar y no te vuelvo á pedir nada en todo el dia.

LA NIÑERA.

Usted sabe bien, señorita, que su mamá lo tiene prohibido.

ELENA.

Un poquito, tan poquito, del grueso de una uña, eso no puede hacerme mal y no te reñirá la mamá porque no sabrá nada. ¡Tengo tantas ganas!

LA NIÑERA.

Hace vd. muy mal, señorita Elena, en proponerme que desobedezca á su mamá; en lugar de atormentarme vaya vd. á preguntarla si debo darle á vd. este azúcar.

Bajó Elena á buscar á su mamá en su cuarto. No la encontró, y lo sintió tanto que se echó á llorar, cuando de repente se fijaron sus ojos en una caja de dulces que se habia quedado abierta sobre la mesa. Los habia verdes, de color de rosa, azules, y eran tan bonitos! parecian tan buenos! Los contempló un momento y despues se dijo:

—Si mamá estuviese aquí de seguro me daria: así, pues no está, no haré mal en coger uno.

Se comió uno azul, que encontró delicioso, despues se dirigió á la puerta con intencion de

marcharse. Al llegar allí se para, se vuelve mira á la caja y siente un violento deseo de saber, si los de color de rosa tendrian el mismo gusto que los azules. No puede resistir, vuelve hácia atrás, se come uno de rosa, luego uno blanco, despues uno verde, y tal vez se hubiera comido otros muchos mas sin un ligero ruido que oyó y que la hizo temer verse sorprendida. Muy lista echó á correr á su cuarto y la dijo á su niñera que no habia encontrado á su madre.

Elena estuvo triste durante el resto del dia. No podia dejar de pensar sin cesar en la falta que habia cometido y de temer que echasen de menos los dulces que faltaban. Al acostarse por la noche la preguntó su madre que tenia y si estaba mala. No, respondió Elena. La preguntó tambien si habia hecho algo malo y que porque no se lo decia. No, respondió todavía titubeando.

¡Pobre Elena! Mucho pesar se hubiera evitado si hubiese confesado lo que habia hecho. Su madre tal vez la hubiera castigado, pero al mismo tiempo la hubiera hecho comprender toda la gravedad de su falta: la hubiera enseñado á pedir perdon á Dios y á rogarle no la dejase caer en las tentaciones, y probablemente no hubiera vuelto á hacerlo mas

pero en lugar de esto viendo que no habia sido descubierta ni castigada, se figuró que no era malo el coger las golosinas, pues que eran bastante duros para negárselas, y cuantas veces encontraba abierta la despensa, ó un azucarero, ó un plato de postre sobre la mesa, miraba si podia verla alguien, cogia lo que se le antojaba y corria á comérselo á un rincon.

Habia alrededor de la casa de los padres de Elena un gran jardin lleno de bonitas flores y de hermosas frutas.

El jardinero que cuidaba todo esto se llamaba Martin.

Tenia éste una niña un poco mas pequeña que Elena, que se llamaba Luisita, y muchas veces jugaban juntas las dos niñas en el jardin.

Elena queria mucho á Luisita, porque esta niña era buena, y afable, y la hacia hacer cuanto le daba la gana.

En un hermoso dia del estío las habian dejado solas divertirse en el jardin. Tanto habian corrido, que tuvieron mucho calor y mucha sed. De repente, parándose Elena delante de un árbol, dijo:

—Mira, Luisita, que soberbios albaricoques. Tienen trazas de estar buenos y maduros.

—Señorita Elena, no debemos hacer eso. Usted sabe bien que nos han prohibido tocar á la fruta.

—¡Parecen tan buenos, y tengo tanta sed! No nos reñirán porque nadie nos verá.

—Mi papá dice que aun cuando no haya nadie Dios nos vé.

—¡Dios me ha visto tantas veces ya coger cosas buenas, y no me ha castigado! Conque eso es que no lo encuentra malo: porque si mamá me hubiera visto de seguro me hubiera castigado inmediatamente.

—Tal vez os castigue mas tarde. Tengo miedo de que sea un robo lo que vd. quiere hacer.

—No, porque los albaricoques son de mis padres, y es como si fuesen mios. Toma, yo te doy

este tan hermoso: así no eres tú la que le coges. ¡Y yo voy á comerme este otro! ¡Qué rico está! Vamos, cómete el tuyo.

Luisita vacilaba siempre. Conocia que no era bueno lo que iba á hacer, pero Elena era su amiga y además una señorita con sombrero. Supuso que debia saber mejor que la hija de un pobre jardinero lo que era bueno ó malo, y concluyó no solo por comerse aquel albaricoque sino todavía otros muchos mas.

En los dias siguientes hicieron tambien algunas visitas á los albaricoques y despues á los buenos melocotones de Aragon que se hallaban inmediatos, tanto que la mamá concluyó por reparar que iban desapareciendo las mas hermosas frutas. Creyó que era Martin que las cogia para venderlas, lo que la incomodó mucho.

A fuerza de comer fruta, muchas veces á medio madurar, Elena se puso mala. Su madre viendo que le costaba mucho trabajo el reponerse la envió á pasar un mes al campo con su tia.

Esta tia era muy buena y cuidaba mucho á Elena.

No tardó en sospechar que la niña tomaba á escondidas algunas golosinas.

Para asegurarse y castigarla al mismo tiempo, imaginó lo siguiente. Dejó enteramente abierta sobre la chimenea, una caja llena de dulces blancos y pastillas de una forma particular. Aunque no eran muy bonitos, nuestra golosa,

en cuanto se vió sola en el cuarto, no dejó de probarlos, y como le supieron bien se tragó uno tras otro un buen número de ellos. Un cuarto de

hora despues comenzó á sentirse mala y á tener mareos.

Viéndola pálida y mala, su tia la hizo acostar y no la dijo nada en todo el dia, pero al dia siguiente la llamó y la preguntó si habia tocado á los dulces que estaban sobre la chimenea.

—No, tia, respondió con voz baja.

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando tomando el rostro de la buena de su tia, una espresion estremadamente triste:

—¡Ay! Conque es verdad, esclamó, que mi sobrina, mi desgraciada sobrinita es golosa, mentirosa, desobediente y ladrona.

ELENA.

¡Oh! tia mia no me diga vd. eso.

LA TIA.

Habia contado los dulces que contenian un vomitivo. Así estoy ciertísima de que tú te los has comido y que es lo que te ha puesto mala.

Elena se ocultó el rostro con las dos manos y dijo llorando:

—Sí, es verdad, yo he cogido los dulces y no he creido que fuese una cosa tan mala. Nunca pensé que eso fuese robar. Lo he hecho muchas veces en mi casa.

LA TIA.

Todos los ladrones empiezan por apropiarse bagatelas.

Si tú no puedes resistir á la tentacion de coger golosinas aquí y en casa de tus padres, en donde todo lo tienes con abundancia ¿qué harias si fueses una pobre niña que apenas tuviese lo necesario? Tu gula te llevaría á robar en las casas donde entrases; tal vez en las tiendas donde fueses á comprar. Te descubririan y te llevarian á la cárcel.

ELENA.

Tia, tia, no me diga vd. eso, que me da usted mucha pena. Yo no he cogido nada en ninguna parte mas que en mi casa y aquí.

LA TIA.

Porque no has tenido ocasion, pero no por eso eres menos culpable á los ojos de Dios. Este juzga mas severamente á los niños bien criados, rodeados de buenos ejemplos, que no carecen de nada y que á pesar de eso cometen semejantes faltas, que á los pobrecitos que no tienen ninguna de estas ventajas.

—Ya no lo volveré á hacer mas, dijo la pobre Elena llorando de modo que apenas podia hablar. Dígame vd. que debo de hacer para que Dios me perdone.

LA TIA.

Si tú le pides que te ayude á corregirte y trabajas tú misma en eso con valor y perseverancia, de seguro te perdonará. Debes de combatir tu gula que es la que te ha arrastrado á otros defectos.

ELENA.

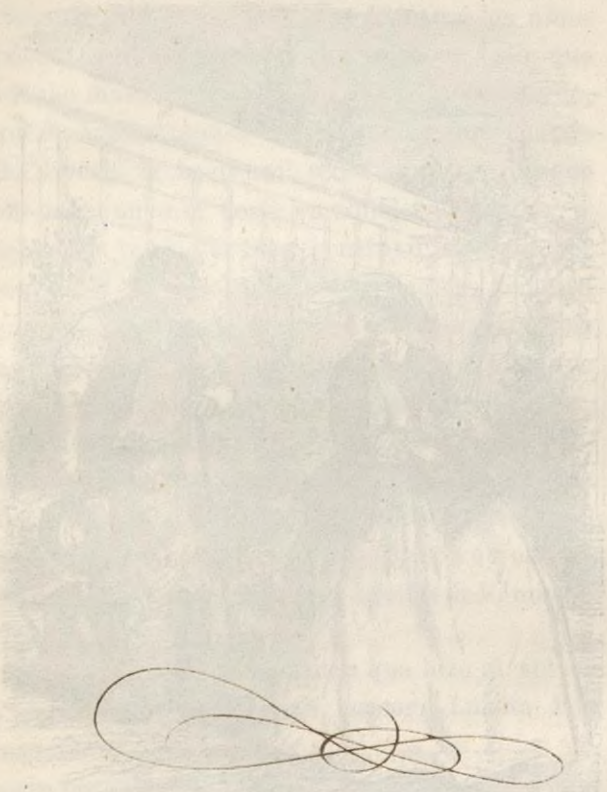
Sí, tia, ya no quiero desde ahora comer mas azúcar.

LA TIA.

No creo que sea un buen medio: come con moderacion, pero que te se dé, y aprende á privarte, de tiempo en tiempo, de las cosas que te gusten. Si yo veo que tú tratas de corregirte, nada de esto le diré á tu madre, que tendrá un gran disgusto.

Elena siguió los buenos consejos de su tia, y veló atentamente sobre ella misma, á fin de no recaer en ninguno de esos defectos. Durante algun tiempo, estuvo como avergonzada.

Todas las veces que alguno la miraba se figuraba que podian leer en su cara las palabras; embustera y ladrona, y bajaba ruborizada la cabeza. Habia tambien otra cosa que la atormentaba; y era el pensar que á Luisita, aunque mas grande y mejor educada que ella, la habia dado malos consejos y malos ejemplos.



Recordaba tambien lo que su tia la habia dicho sobre las tentaciones que rodean á los niños pobres, y de tal modo se preocupó de esto, que soñaba muchas veces que Luisita habia robado, que la habian metido en la cárcel y que cuando iba á verla la hacia mil reconvenciones porque era culpa suya el verse en aquel triste lugar, y debia ver bien que Dios concluye siempre por castigar á los desobedientes. O soñaba tambien que Luisita acusada de un crímen que ella sabia muy bien que no habia cometido, por mas que dijese y protestase de su inocencia á sus jueces, no era creida porque decian que tenia la costumbre de mentir. En el momento en que iban á condenar á Luisita, se despertaba Elena llena de angustia y de sobresalto, y no se atrevia á volver á dormirse de miedo de volver á soñar de lo mismo todavía.

Así es, que la primer cosa que hizo al volver á su casa fué ir al jardin á buscar á Luisita. Por mas que hizo llamándola en todos los sitios no pudo encontrarla. Concluyó por entrar en casa del jardinero para preguntar donde estaba Luisita. ¡Pero no encontró á Martin! Fué un forastero, un desconocido el que la recibió.

Echa á correr hácia su casa, busca á su madre, y la pregunta qué quiere decir aquello.

LA MAMÁ.

No estaba contenta con Martin, y lo he despedido á poco de haberte ido tú.

ELENA.

¿Y desde entonces, mamá, no le has vuelto á ver, y tampoco á Luisita?

LA MAMÁ.

No, hija mia, no sé donde se habrán ido.

Muy triste se quedó Elena con esta noticia. Mucha falta le hacia su compañerita, y ahora que se habia corregido hubiera deseado poder reparar el mal que la habia causado dándola buenos consejos en lugar de los malos que tanto se arrepentía haber dado antes.

Pasáronse muchos meses sin que volviese á oir hablar de ellos.

Llegado el invierno, la nieve cubria la tierra,

hacia muchísimo frio. Una mañana la niñera de Elena, la dijo que una chiquilla deseaba verla.

Bajó ligera la escalera y encontró á la puerta de la cocina una pobre niña, vestida de una ligera tela de percal, con las manos y la cara amoratadas de frio, y que parecia no atreverse á alzar los ojos del suelo.

Detúvose un momento indecisa Elena, y despues esclama:

—¡Luisita, mi pobre Luisita! ¿eres tú? ¡Estas tan cambiada! Apenas te conozco.

LUISITA.

¡Señorita Elena, hemos sido tan desgraciados desde que no hemos visto á vd!

ELENA.

¿Pues qué os ha sucedido? Cuéntamelo. ¿Por qué mi mamá ha despedido á tu padre?

LUISITA.

¿No lo sabe vd.? Apenas se marchó vd. su

mamá dijo á mi padre que notaba que desaparecian las mejores frutas, y que eso era que las cogia, que no diria nada á nadie por no perjudicarle y quitarle el pan, pero que era preciso que se marchase inmediatamente de su casa.

ELENA.

¿Y no le has dicho tú que éramos nosotras las que nos los comíamos? ¡Oh! si yo hubiese sabido que por eso le despedian, yo lo hubiera dicho, pero te aseguro que ni la mas remota idea de ello he tenido.

LUISITA.

Yo pensaba que vd. era demasiado buena para dejar castigar á mi padre por nuestras culpas. Cuando lo he visto desolado al verse acusado de robo, él, que siempre habia sido tan honrado, se lo he contado todo. ¡Oh! se puso muy incomodado conmigo, muy incomodado y me dijo:

—¿De qué me sirve lo que me dices? ¿Crees tú que yo tendré nunca valor de ir á decir á la señora que mi hija es una ladrona? ¿ó quiéres tú

que yo le destroce el corazon haciéndola saber que su hija ha pervertido á la mia? No, mas quiero que sospeche de mí; al menos yo sé que estoy inocente.

Nos hemos marchado sin decir nada.

Pero era en muy mal tiempo.

Mi padre no ha encontrado colocacion. Hemos gastado todo cuanto teníamos: despues hemos vendido nuestros muebles, nuestros vestidos. Mi padre ha caido malo de pesar, y esta mañana cuando me he levantado, he visto que no teníamos en la casa ni pan ni leña, ni mas que un poco de agua helada. Entonces me he dicho: mas vale ir á buscar á la señorita Elena que dejarnos morir de frio y de hambre.

ELENA.

¿Y es posible que haya sido yo causa de todas vuestras desgracias? ¿Pero por qué no has venido mas pronto?

LUISITA.

No queria mi padre. Cuando yo le hablaba de

esto, me decia: «No, no, bastante mal te ha hecho ya: mas vale dejar sufrir al cuerpo, que arriesgar la salvacion del alma.» Me recuerdo de esta espresion, porque la ha repetido muchas veces, pero no sé lo que quiere decir con ella.

ELENA.

¡Oh! ¡yo si sé muy bien lo que quiere decir! Quiere decir que vale mas aunque padezcas hambre y sed, que ser una ladrona como tú lo eras en mis sueños. Pero ya no te daré yo mas malos consejos; demasiado castigada estoy por habértelos dado. Ven conmigo, voy á contárselo todo, todo, á mi mamá.

Su mamá escuchó á Elena con atencion y sin interrumpirla. La vió tan arrepentida, tan humillada por sus faltas, que no la hizo la menor reconvencion.

Solamente la dijo:

—Vamos inmediatamente á casa del padre de Luisita; estoy segura que tú deseas pedirle perdon del mal que le has ocasionado, y asegurarle que no debe temer como peligrosa tu compañía para su hija. Yo voy á hacer que le lleven todo lo

que pueda hacerle falta; y como no estoy muy contenta con el jardinero que he recibido en su lugar, cuando esté restablecido podrá volver otra vez á mi casa. Estoy convencida de que si alguna vez te hallases dispuesta á volver á caer en uno de tus defectos, la vista sola de Luisita bastaria para hacerte entrar en tí misma y darte fuerzas para vencer la tentacion.

VII.

EL CIEGO.

Águeda, quieres darme tu brazo y llevarme á pasear un poco al camino? decia el tio Tomás á su nieta: todavía no puedo fiarme mucho de Medoro: es muy jóven y á lo mejor me deja por irse á jugar con otros perros ó me mete por malos senderos.

ÁGUEDA.

Es preciso pegarle, abuelo, cuando no sea

bueno. Yo no tengo tiempo de llevarle á vd. á pasear. Tengo que ir ahora mismo á la escuela, y he prometido á Luisita el irla á buscar.

El tio Tomás suspiró, llamó á Medoro, lo puso una cuerda y salió con él. Desde hacia algunos meses se hallaba completamente ciego y parecíale muy duro despues de haber trabajado toda su vida verse ahora obligado á pasar dias enteros en la casa sin poder hacer nada. Vivia con su hijo y su nuera, que no eran malos para él, pero que enteramente ocupados en sus negocios no hallaban tiempo para distraerle.

La nieta Agueda ya hemos visto por el modo con que le respondia, que no era una niña amable. Era una egoistilla que no hacia nunca sino lo que la divertia.

Pienso que habia aprendido en su catecismo que Jesucristo quiere que amemos al prójimo como á nosotros mismos, pero no habia puesto gran atencion en esto, porque le parecia que no debia incomodarse uno en lo mas mínimo por los demás.

La única distraccion del tio Tomás cuando hacia buen tiempo, era el pasearse á lo largo del camino real. Habia allí una hermosa alameda de

árboles con algunos bancos de piedra en los que se sentaba.

Escuchaba la charla de los niños que por allí pasaban para ir á la escuela, la conversacion de los carreteros, y el ruido de los carruajes, y no se sentia tan aislado como á la puerta de su casa.

Sentóse este dia en su sitio acostumbrado, y no tardó en oir las voces de muchos niños que se acercaban

—Toma, mira allí á tu abuelo, decia una.

—Cállate, respondió una voz que reconoció por la de Agueda: si sabe que estoy aquí va á pedirme todavía tal vez que le pasee, y eso me fastidia: mejor quiero jugar.

—No te portas bien con él, respondió otra niña, y el infantil grupo se alejó de allí corriendo.

Despertóse sobresaltado Medoro y bruscamente se lanzó corriendo tras los niños, arrancando su cuerda de las manos del viejo y reuniéndose á Agueda á alguna distancia.

—Toma, dijo Luisita, ya está ahí el perro del tio Tomás.

Preciso es ir á volvérselo, no tendrá sino nadie que lo guie.

ÁGUEDA.

Llegariamos demasiado tarde á la escuela si volvemos allá abajo. Eso no merece la pena, yo pegaré á Medoro y haré que se vuelva solo.

LUISITA.

¿Pero si no vuelve al lado de tu abuelo, cómo se va á componer? Toma, coge la cuerda, mas vale llevarle así.

ÁGUEDA.

No, no, vas á ver como se va.

Púsose á coger palos y piedras y á tirárselas á Medoro que se alejaba al pronto un poco, pero que despues volvia. Agueda grita, se encoleriza, coge una gran piedra y la tira con tal fuerza contra el pobre animal, que cae y rueda por tierra aullando lastimosamente.

Asustada Agueda de lo que ha hecho, coge á Luisita del brazo y la arrastra rápidamente á la poblacion diciendo:

—Huyamos pronto para que no sepan que he sido yo.

El tio Tomás, oye los aullidos de su pobre perro, lo llama muchas veces en vano y concluye por buscarlo á tientas, á riesgo de que lo atropellase algun carruaje. De repente oyó unos pasos ligeros y una dulce vocecita que le decia.

—¿Qué busca vd., tio Tomás?

EL TIO TOMÁS.

¡Hola! ¿eres tú, Dionisilla? mira si está por ahí Medoro, y por qué aulla así.

DIONISIA.

Voy corriendo. Allá abajo lo veo en el camino. Pero quédese vd. cerca del banco, no vayan á atropellarle.

—Pobre animalito, decia, tiene una patita rota; pero venga vd., tio Tomás, apóyese vd. bien sobre mi hombro, vámonos á llevarle á casa de mi padre. El se la vendará, ha sabido arreglar per-

fectísimamente y curar la pata de nuestro gato que se habia dejado atrapar en un lazo de coger zorras.

La casa de Dionisia estaba cerquita de allí, y

su padre dejó inmediatamente su trabajo para ocuparse en la curacion del pobre animal.

Ató cuidadosamente la pata rota entre dos pedacitos de tabla á fin de que no pudiese moverla Medoro: despues se la ligó con un lienzo que habia ido Dionisia á buscar en un armario y dijo al tio Tomás:—Durante algunos dias valdrá mas que no ande. ¿Quiére vd. que lo lleve á su casa? ¿ó quiére vd. mejor que se lo tengamos aquí? Yo le acostaré sobre un poco de heno en el pajar y Dionisia tendrá mucho cuidado de él.

EL TIO TOMÁS.

Si vd. tiene la bondad de tenérmelo aquí, mejor será para él, porque en nuestra casa son mas los palos que las caricias, para que se restablezca.

Tendré que quedarme siempre en casa, y ¡si supiera vd. que largos que se me hacen los dias cuando no puedo salir!

DIONISIA.

Si vd. quiere, tio Tomás, yo iré á buscarle todos los dias antes de ir á la escuela para hacerle dar un paseito. Cuando haga buen tiempo puede vd. aguardarme sentado en el banco á que yo vuelva y le volveré á vd. á su casa. Ó si no hiciese mucho calor iria todavía á buscarle á vd. para dar otra vueltecita por el camino.

EL TIO TOMÁS.

Pobre niña, muy triste pasarías tus horas de juego. Yo no quiero que te sacrifiques así por mí.

DIONISIA.

No sé por qué dice vd. eso, jamás estoy yo mas contenta que cuando me parece que soy útil para algo.

EL PADRE DE DIONISIA.

Y es mucha verdad, vd. no puede figurarse, tio Tomas, que buena ama de casa hace. Muy mal lo hubiera yo pasado á la muerte de mi pobre mujer si no hubiera tenido á esta para arreglarme la casa y tenérmelo todo en órden, y para ayudarme en todo cuanto puede.

—¡Qué Dios la bendiga! repitieron juntos los dos ancianos.

Durante esta conversacion se habia ido Dionisia corriendo á la escuela, habiéndole dicho al tio Tomás que aquel dia se quedaría con su padre, que zapatero de oficio, trabajaba siempre en la casa.

Llegó tarde Dionisia á la escuela y la riñó la maestra, pero como ella sabia que habia sido

la detencion por haber hecho una cosa útil no la dió pena.

Al salir de la escuela se fué á buscar al tio Tomás para volverlo á su casa. Cuando entraron en la cocina de la quinta, donde se hallaba ya reunida para cenar toda la gente, la sorprendió mucho ver que nadie salia al encuentro del ciego para cogerle su palo y la gorra, ni que nadie le daba una silla. Estaba su cubierto en una punta de la mesa á alguna distancia del de las demás personas, y le sirvieron la sopa en una escudilla de estaño, en lugar de un plato de loza como tenian los demás de la familia.

Aunque Dionisia sabia que tambien la aguardaba su padre para cenar, no quiso dejar al tio Tomás antes de haberle colocado bien en su sitio, de haberle echado de beber, y de haberle cortado con el cuchillo en pedacitos el pan y un trozo de carne.

Reparó que Agueda estaba como avergonzada y cortada mientras su pobre abuelo contaba lo que le habia pasado al pobre Medoro, empero no adivinó el por qué.

Al dia siguiente muy de mañana, nuestra buena niña, habia ya limpiado todo y puesto en

órden en su casa y fué á buscar al tio Tomás para dar su acostumbrado paseo. Andando le dijo:—Medoro está mucho mejor; esta mañana ha comido con muy buen apetito la sopa y estoy segura de que se curará muy pronto. Pero tio Tomás, dígame vd. una cosa que me está escarabajeando en la cabeza desde ayer, ¿por qué en la comida le ponen á vd. en una punta de la mesa lejos de todo el mundo y le sirven en una escudilla de estaño?

—Agueda estaba sentada á mi lado hace algun tiempo, respondió el tió Tomás, pero ha dicho que la daba asco el verme comer puercamente y se ha puesto á la otra punta de la mesa. Yo no puedo comer con aseo no viendo, cuando nadie me ayuda á partir y cortar lo que tengo delante. La escudilla de estaño me la han dado porque una vez coloqué mi plato muy al borde de la mesa, cayó al suelo y se hizo pedazos.

Dionisia no volvió á hablar mas de esto, pero se arreglaba todos los dias de modo que se aguardaba hasta el fin de la comida del viejo. Le ayudaba, le enseñó á comer con mas aseo, haciéndole servirse con destreza de un pedacito de pan para buscar y empujar lo que tenia en su pla-

to. La nuera no pudo menos de admirarse de los cuidados que aquella pobre niña se tomaba por su suegro. Por la primera vez se avergonzó de la negligencia con que miraban al pobre viejo y riñó á Agueda porque no era amable con él.

Un dia al venir Dionisia á buscar al tio Tomás encontró en el camino á Agueda que la dijo:

—Deja hoy en casa al abuelo y vente con nosotras al bosque á dar un buen paseo. Hoy es jueves, no tenemos escuela y he citado á otras muchas niñas para ir á coger flores y buscar nidos de pájaros. Hace un tiempo hermosísimo. Vamos á divertirnos mucho.

DIONISIA.

Justamente porque hace muy buen tienpo no debe quedarse tu abuelito en casa. Yo tambien daré con él un gran paseo.

ÁGUEDA.

¿Cómo puede divertirte el andar siempre despacio y dando la mano á un viejo, triste y regañon?

DIONISIA.

Ten cerrados tus ojos durante solamente cinco minutos, y verás que nada tiene de admirable el que no esté uno alegre cuando no ve. El tio Tomás no es regañon: me cuenta lo que hacía cuando era jóven y otras muchas historias.

ÁGUEDA.

¿Y eso te divierte mas que el venir á jugar con nosotras?

DIONISIA.

No sé si me divierte mas. Mucho me gustaría el ir á jugar con vosotras, pero estoy segura de que no estaria satisfecha si tuviese la idea de que durante ese tiempo estaba solo tu abuelo fastidiándose en casa.

ÁGUEDA.

Tú no eres parienta de él y nada te obliga á ocuparte de él.

DIONISIA.

Justamente por eso me gusta el hacerlo. Un dia ví á una hermosa niña muy bien vestida que daba una moneda de plata á una pobre mujer; ésta la daba las gracias con un aire tan contento, tan satisfecho, que me dije á mí misma; ¡qué feliz es esta señorita y cuanto quisiera yo tener dinero para poderlo dar á los pobres! Al dia siguiente se rompió la pata Medoro y al oir lamentarse al tio Tomás de verse obligado por eso á quedarse en casa comprendí que Dios queria mostrarme que yo tambien tenia algo que dar. La niña rica da su dinero y yo mi tiempo: de modo que yo tambien hago limosna. Pero me estoy charlando aquí y me aguardan: á Dios, diviértete mucho.

Agueda se quedó inmóvil un momento: gritábale su conciencia:

—Lo que Dionisia hace eras tú quien debia de hacerlo. ¿No eres tú la nieta del tio Tomás? ¿no se ve por culpa tuya privado de su perro?

—Bah, bah, bah, respondia el egoismo, me fastidiaría mucho mientras que Dionisia dice que

le gusta tanto. Aquí están mis amigas, vamos á pasearnos, y no hay ya que pensar mas en esto.

Fácil es decir: no hay ya que pensar mas en esto, pero no es tan fácil el hacerlo. Cuando está uno disgustado de sí mismo, concluye por estarlo tambien de cuanto le rodea, y eso es lo que le sucedió á Agueda, y la impidió completamente el gozar de su paseo.

Durante este tiempo nuestra amable Dionisia trotaba alegremente por el camino dando la mano al buen anciano.

Le decia hoy: hubiéramos podido traer con nosotros á Medoro que apenas cojea ya, pero como trato de llevarlo á vd. lejos he tenido miedo de fatigarlo.

EL TIO TOMÁS, *tristemente.*

Mañana podrá ya volver á guiarme y mi Dionisita podrá divertirse á su sabor.

DIONISIA.

Eso no impedirá el irle á vd. á buscar muchas veces para sacarle á paseo. ¿No le gusta á

vd. mas la sociedad de su Dionisia que la de Medoro?

EL TIO TOMÁS.

Querida niña, tú me has procurado los únicos momentos de felicidad que he gozado desde que he perdido la vista. Noche y dia pido á Dios te recompense cuanto bien me has hecho.

DIONISIA, *despues de un momento de silencio.*

¿Sabe vd. donde le llevo, amigo mio?

EL TIO TOMÁS.

No, hija mia.

DIONISIA.

Al pueblo.

EL TIO TOMÁS.

¿Al pueblo? ¿y para qué? ¿No estaríamos me-

jor en el campo oyendo el alegre gorjeo de los pajarillos, y sintiendo el dulce sol de Dios que da calor á mis viejos miembros?

DIONISIA.

Le diré á vd. el por qué. ¿Conoce vd. bien á la tia Claudia que estaba ciega como vd.? pues bien ayer la encontré y me quedé pasmada al reparar que estaba completamente curada y que veia tan bien como todo el mundo. Me contó que

habia ido á ver á un médico muy hábil que hace poco tiempo que ha venido al pueblo; que le

arrancó una cosa de encima de los ojos y que en seguida vió claro. Inmediatamente, me dije yo á mí misma, es preciso que el tio Tomás vaya á ver á ese médico. ¡Me alegraría tanto que pudiera vd. curar!

EL TIO TOMÁS.

¡Ah! no hay esperanza de eso. Cuando comencé á perder la vista, consulté á muchos médicos, y me dijeron que tal vez mas tarde podrán hacerme una operacion; pero despues, cuando he hablado á mi hijo de volver á ver alguno de ellos, me ha respondido; á vuestra edad, padre mio, no hay probabilidades de curarse.

¿A qué gastar dinero y hacer á vd. padecer inútilmente? Bastante hemos tenido ya que pagar á esos señores.

DIONISIA.

¿No tiene vd. dinero suyo?

EL TIO TOMÁS.

La quinta ha sido comprada con el que yo he

ganado con el sudor de mi frente, pero ahora todo es de mi hijo. Me da casa y me mantiene y cree hacer lo bastante por mí.

DIONISIA.

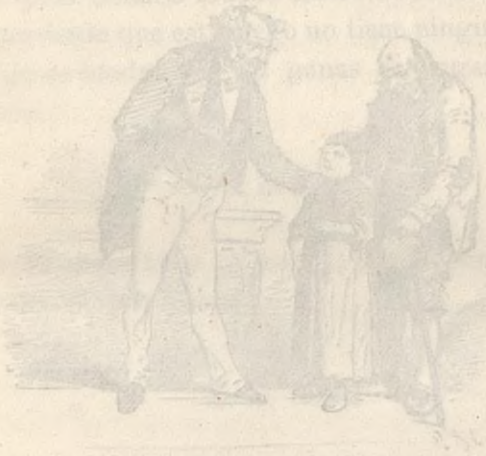
Veremos al médico: él nos dirá si puede vd. curar ó no, y no pedirá tal vez mucho dinero.

Meneó el anciano la cabeza con aire de incredulidad, pero por complacencia á su lazarillo la siguió sin decir nada. Habiéndose informado exáctamente Dionisia de donde vivia el médico y á que hora podría verle, se fué á su casa, en donde fué recibida por el facultativo que era un hombre muy bueno y respetable. Hizo sentar al ciego cerca de una ventana y examinó sus ojos.

—Con la ayuda de Dios estoy casi seguro de poder devolver á vd. la vista, y en muy poco tiempo.

—¿Seria posible volver á ver la luz del cielo, esclamó con alegría el tio Tomás, y el dulce rostro de mi querida Dionisia?

No me atrevo á creer y esperar en tanta dicha. Pero, señor..... Añadió vacilante y se detu-



vo, tomando vivamente una espresion de tristeza y de embarazo.

Dionisia que atentamente le miraba dijo inmediatamente:

—Caballero, mi buen amigo quisiera preguntar á vd. si costaría mucho dinero su curacion, porque desde que está ciego no tiene ninguno, y su hijo no tendrá tal vez ganas de pagarla muy cara.

EL DOCTOR.

¡Vuestro buen amigo!... ¿con que este señor no es vuestro abuelo?

EL TIO TOMÁS.

No, señor. Dionisia es hija de uno de mis vecinos. No es ni parienta mia, pero para mí es la mejor de las hijas. Por pura bondad de alma hace tres semanas que me cuida, que me sirve de guia y renuncia á todos los placeres y juegos de su edad por serme útil.

EL DOCTOR.

Pues bien; una vez que Dionisia me da tan buen ejemplo, no quiero yo ser menos generoso que vd. Vd. sirve de lazarillo de valde á este digno anciano y yo tambien quiero curarle de valde. Bastante recompensado quedaré con el placer de haber hecho una buena accion. Vuélvamelo vd. á traer mañana por la mañana, que yo le prometo que muy pronto no necesitará del auxilio de usted y de sus servicios.

Yo no creo que existiesen en toda la tierra dos corazones mas contentos y satisfechos que el del tio Tomás y el de su amable lazarillo cuando volvieron á tomar el camino para la quinta.

Trabajo le costaba á Dionisia el no cantar y saltar de alegría en medio del camino.

De repente al revolver de una senda descubrieron una chiquilla que caminaba muy de prisa y con la cabeza baja. Dionisia reconoció á Agueda y la gritó:

—¿Te has divertido? ¿has dado buen paseo?

Agueda aparentó no oirla, y sin responderla continuó en su camino. Algunos minutos despues

se le reunieron Luisita y las demás niñas que se habian marchado con Agueda. Al dirigirles igual pregunta Dionisia respondió Luisita:

—Nos hubiéramos divertido mucho si Agueda no hubiese venido con nosotras: pero estaba de tan mal humor que nos ha desbaratado todos nuestros juegos. Queria hacer todo cuanto le daba la gana, y jamás lo que queriamos las demás.

—Mucha verdad, dijo una pequeñita. Hemos jugado al escondite en el bosque, y como habia propuesto otro juego ella no ha querido jugar, y se ha quedado haciendo la enojada mientras las demás nos hemos divertido mucho. Al correr cerca de ella me enganché en una zarza, y la rogué que me desenredase, y me contestó, que pues habia querido jugar á un juego que á ella no le gustaba, se alegraba, y que me desenganchase sola. Mira, Dionisia, ella tiene la culpa de que se me haya desgarrado el vestido con las espinas y de que me vayan á regañar. ¡No hubieses hecho eso tú que eres tan buena, tan complaciente!

LUISITA.

Tú no dirás todo lo mas malo que ha hecho

Agueda: Sofia encontró un nido de pájaros con huevecitos dentro. Agueda quiso que se lo diese, y porque Sofia no quiso la dió un empujon tan fuerte que la dejó caer al suelo el nido, y se rompieron los huevos. La pobre niña lloró por mas de un cuarto de hora. Agueda es una niña muy mala y no queremos jugar mas con ella.

—¡Oh! no, es seguro, dijeron las demás niñas: ¡es muy poco complaciente!

Como habia prometido el médico en muy pocos dias devolvió la vista al tio Tomás, que como es fácil de pensar estaba loco de alegría. Inmediatamente se volvió á poner á trabajar como un jóven.

Sus vecinos le preguntaban: ¿Por qué os afanais tanto? vuestro hijo es bastante rico para manteneros, y á vuestra edad es justo que descanseis. Entonces les respondía: Ese es mi secreto.

Al cabo de un año, cuando el doctor volvió al pueblo, donde no vivia siempre, el tio Tomás le trajo un hermoso regalo, y como éste se negase á recibirlo le dijo:

—Yo no tengo necesidad alguna de dinero: este es el primero que he ganado con los ojos que vd. ha devuelto á la luz del dia y me dará

usted el mayor sentimiento si no admite lo que le ofrezco.

—No quiero negarme del todo á vd., respondió el doctor: pero al primer ciego que encuentre le curaré gratis por la intencion de vd. Esto será como si hubiese vd. pagado por él.

Despues de esto volvió el tio Tomás á ponerse de nuevo á trabajar.

—¿Es para el dote de su nieta de vd. Agueda, le decian, para lo que va vd. reuniendo tanto dinero? ya tiene una, y no floja.

—No es para el dote de Agueda, respondia, sino para la de mi otra hija, de mi querida Dionisia, á la que su padre no podrá dar gran cosa.

El buen anciano tuvo en efecto la satisfaccion de poder antes de novia, reunir una muy decente cantidad de dinero para su muy querida Dionisia, y verla muy ventajosa y felizmente casada.

Un forastero que habia arrendado una de las mas hermosas haciendas de la comarca, deseaba escoger mujer entre las doncellas de la aldea. Era bastante rico, y muy buen mozo, y lo que era mejor todavía, muy piadoso.

Todas las muchachas trataban de agradarle,

y se creian muy felices en ser elegidas por él.

Cuando llegó el momento de la fiesta del lugar, encontró muchas veces á Agueda en los bailes campestres. Bailó con ella y le gustó, porque era bonita, airosa, y queria estar afable con él. Nuestro forastero no se atenia solo á la hermosura, y así es que preguntó á varios, y se enteró del carácter de la jóven.

—Es un buen partido, le respondieron, es rica, y muy guapa.

—Si, ¿pero es buena?

—Nada malo se puede decir de ella; pero no le gusta mas que divertirse, y hacer su voluntad. Mientras ella está allí bailando, su vecina la linda Dionisia está cuidando de su abuelo, y de su madre enferma.

Al fin pidió el hacendado arrendatario á uno de los mozos de la aldea que le presentase en casa de la Dionisia de que tanto le hablaban.

—Con muchísimo gusto, le dijo el jóven: venga vd., probablemente la encontraremos en casa del tio Tomás.

En efecto, al acercarse á la quinta descubrieron una muchacha muy aseada, pero modestamente vestida, que empujaba con precaucion pa-

ra colocarlo al sol, un sillon con ruedas, en el que estaba una mujer enferma.

Arregló con esquisito cuidado las dos almohadas que la sostenian, y entró en la casa dando el brazo á un buen anciano que hizo sentar en un banco al lado de la enferma.

Despues sacó de su bolsillo un libro religioso y se puso á leer en él en alta voz.

El jóven aldeano dijo al arrendatario:

—Cualquiera al ver esto diria que no tiene otra cosa que hacer que ocuparse de estas buenas gentes, y sin embargo, ella es la que gobierna la casa de su padre, la que hace la cocina y cuida la ropa, y le hace los vestidos, pero siempre encuentra tiempo para hacer un servicio á los que la necesitan. Así es que la adoran en la aldea. Para todo tiene tiempo menos para pensar en ella misma.

—Esa es la mujer que me hace á mí falta, dijo el arrendatario. ¿Qué haria yo de esa Agueda que descuidaría á su marido y á sus hijos por ir al baile, como descuida ya á sus padres? No, Dionisia es menos rica y menos bonita, pero vale cien veces mas que ella.

En efecto, se casó con Dionisia, con gran

desesperacion de Agueda que estuvo mala de despecho. Se habia hecho tan poco amar en la aldea, que no encontró marido.

Fué una solterona egoista, de mal genio, regañona, detestada de sus vecinos, de quienes siempre hablaba mal, no queriendo á nadie mas que á sí propia, y quizás un poquito á su gato.

En toda su vida no habia buscado mas que su propia felicidad, y no habia podido hallarla.

Dionisia, que por el contrario nunca habia

tratado mas que de hacer felices á cuantos le rodeaban, tuvo tanta felicidad como tenerse puede en la tierra, porque amaba á Dios con todo su corazon, y á su prójimo como á ella misma, y por eso era querida de cuantos la conocian, y trataban.

VIII.

LA MENDIGA.

Antonia era muy aficionada al órden y al aseo: jamás se la veia con los cabellos descompuestos, las manos puercas y los vestidos destrozados. Con tiempo aprendió á coser para poder reparar los pequeñitos accidentes que ocurrieran á su vestido ó la ropita de sus muñecas. Su cuartito daba gusto verlo, porque todo estaba allí reluciente y fresco y cada cosa siempre bien colocada en su sitio.

A la edad de ocho años tuvo esta pobre Juana una grande enfermedad. Durante muchos meses ni pudo salir de casa ni jugar con otras niñas ni dar lecciones.

Cuando comenzó á estar mejor su gran distraccion fué el coser, hacer media y bordar al cañamazo. Salió muy hábil en estas diferentes labores. Para distraerla la habian regalado tres lindas muñecas. Una inglesa con cabeza y brazos de cera: una francesa de resortes y cara de porcelana, y por último un grueso bebé, que abria y cerraba los ojos.

A todas tres les arregló un equipo completo, desde las mediecitas que ella misma les hizo, hasta el sombrero y la manteleta de seda para las dos mayores y un capuchon ouaté ó algodonado para el muñeco. Un dia acababa de completar un traje de baile para Sara, su muñeca de cera, haciéndola un pañuelo de encaje. Sentó á sus tres hijas alrededor de ella cada una en un silloncito: las contempló un instante en silencio, despues dijo á su madre:

—Ahora que mis muñecas tienen todo cuanto les hace falta no sé qué hacerles ya y ¿á qué no sabes, mamá, en que estaba pensando ahora mis-

mo. Me decia que era muy fastidioso tomarse pena y trabajo en obsequiar y cuidar de estas tontuelas, que están siempre tiesas y con la misma espresion de rostro. Mira si Clara se ha movido siquiera cuando la he puesto su pañuelo en la mano, ni ha sido para darme gracias. A mí me gustaria trabajar con niños de veras que estubiesen contentos, que saltasen de alegría, que me besasen.

—Tú sabes, le respondió su madre, que hasta ahora yo no hubiera podido traerte aquí niños, de miedo de que no se les pegase tu enfermedad: pero ahora que ya has entrado en convalecencia nos ha mandado el médico que te llevemos al campo y allí probablemente no te faltará ocasion de vestir niños pobres. Unicamente debo advertirte que si esperas á que tus obsequios sean pagados por la gratitud de los que los reciban te vas á llevar muchísimos chascos. Te aconsejo que te contentes con el placer de haber hecho una buena accion.

—Justamente ese placer, replicó Antonia, es el que me falta cuando no trabajo sino para mis muñecas. Siempre me digo: si la pobre Antonia se hubiera muerto no hubiera hecho falta á

nadie. No quiero decir con esto que no te hubiera hecho falta á tí y á papá, pero es porque me quereis mucho y no porque os sirva de alguna utilidad.

—Nos sirves de una gran utilidad para nuestra felicidad, mientras eres buena y no nos das mas que satisfacciones, la respondió su madre abrazándola con ternura: y no tengas cuidado, que Dios pondrá en tu camino sobradas ocasiones de que satisfagas tu deseo de ser útil.

A los ocho dias de esta conversacion Antonia, su madre y una doncella marcharon al campo.

Iban á habitar una linda alquería en el reino de Valencia. ¡Qué placer para la niña, que hasta entonces siempre habia vivido en Madrid, encontrarse en medio de todas aquellas gallinas, patos, pavos, cochinos y carneros é ir por las mañanas á ayudar á la casera á ordeñar las vacas y cuidar los ternerillos!

Satisfacia algo su deseo de ser útil, haciendo mil pequeños servicios á la casera y á sus hijas. Hasta las ofreció remendarlas sus faldas porque no podia ver nada roto y destrozado, pero no lo consintieron y lo hicieron ellas mismas.

La mayor desesperacion de Antonia era el no poder hacer aseados á los animales.

Los cochinos sobre todo le daban muchísimo trabajo. No querian jamás sino á la fuerza irse á bañar al rio. En cuanto á las vacas por mas que las dijo jamás pudo lograr que eligiesen para echarse un sitio limpio ó que no metiesen la cola en la basura.

Aunque iba notablemente recobrando sus fuerzas, no queria su madre todavía que volviese á ocuparse de sus lecciones y deseaba que se fortificase todo lo mas posible corriendo y jugando al aire libre. Esto hizo que pasado el placer

de la novedad, comenzasen á hacérsele los dias un poco largos. Poníase con frecuencia en el camino á la entrada del patio de la alquería para ver volver á los labradores del campo, ó á sus buenas mujeres que llevaban las vacas al establo. Un dia vió una hermosa cabra negra que estaba paciendo la yerba en una ladera del camino. Estaba á un lado una chiquilla como de unos diez años que parecia guardarla.

Bien hubiera querido Antonia ir á hacer conocimiento con la cabra pero no la gustaba su guarda.

Mamá me decia, pensaba ella en sí misma, que fácilmente hallaria aquí ocasiones de vestir á niños pobres. Seguramente esa chiquilla bien

lo necesita, pero está tan puerca que jamás tendré valor de acercarme á ella. ¡Qué cara y que manos tan negras! ¡qué vestidos tan destrozados! ¡qué pelos tan enredados y que en mechones le caen sobre el rostro! ¡Tan fea es que casi me dá miedo! En el momento en que con disgusto iba á retirarse de allí, vió á la chiquilla correr hácia un señor anciano que pasaba por el camino, y perseguirle mucho repitiendo con voz lastimera y monótona:

—¡Un cuartito por amor de Dios! Un cuartito para pan, que somos seis hermanitos, tengo á mi madre enferma y no nos hemos desayunado todavía.

Al pronto quiso el caballero despedirla, despues al fin fastidiado de verse así perseguido por ella, la arrojó un cuarto como se arroja un pedazo de pan á un perro importuno diciéndola:

—Mejor harias en irte á trabajar, perezosa.

Al volverse cerca de su cabrita la mendiga pasó por delante de Antonia. Miróla un instante con sus grandes y rasgados ojos negros, bastante dulces y despues la dirigió tambien su peticion:

—¡Un cuartito por amor de Dios, señorita!

—Razon tiene ese caballero, respondió Antonia, ¿por qué no trabajas? ya eres demasiado

grande para poder hacer algo y no andar pidiendo limosna. Es un oficio vergonzoso.

LA MENDIGA.

Señorita, no sé hacer nada. Mi madre ha que-

rido hacerme entrar en casa de un labrador para guardar sus carneros, pero cuando me ha visto me ha dicho.....

Aquí la chiquilla tomó un aire cortado y vacilante.

ANTONIA.

Vamos á ver. ¿Qué te ha dicho?

LA MENDIGA.

Me ha dicho que era demasiado sucia, que tenia mala traza, que así como no sabia cuidarme á mí misma, tampoco sabria cuidar sus animales. No es culpa mia si mi madre no puede darme otros vestidos.

ANTONIA.

No: ¿pero por qué no te arreglas esos? ¿por qué no los lavas?

LA MENDIGA.

No sé hacerlo, y mi madre no tiene tiempo.

Al amanecer se va á trabajar y cuando vuelve viene demasiado fatigada.

ANTONIA.

Decias á ese señor que estaba mala tu madre: y eso no es verdad. ¿No lo será tampoco el que sois seis hijos?

LA MENDIGA.

Cuatro únicamente. Tengo tres hermanitas que van á la escuela y yo no voy porque es preciso que guarde la cabra. Digo eso á las gentes para que me den mas.

ANTONIA.

Y por tener un cuarto mas, dices mentiras, terribles mentiras ¿no sabes que Dios prohibe mentir, y que seguramente te castigará?

LA MENDIGA.

Yo no creia que fuese tan malo el no decir la

verdad cuando eso no perjudica á nadie. Pero puesto que vd. me dice que Dios lo prohibe, la prometo que no volveré á hacerlo mas.

ANTONIA.

Me pareces una buena chiquilla, aunque estás tan puerca. ¿Cómo te llamas?

LA MENDIGA.

Teresa, señorita.

ANTONIA.

Pues bien, Teresita, si quieres ir á lavarte la cara y las manos en aquel arroyo que corre allá bajo te daré un cuarto. Y mañana vuelve aquí á este mismo sitio á hablarme.

Antonia volvió muy gozosa á buscar á su madre, y la dijo:

—Mamá, he encontrado una chiquilla muy sucia, que no sabe hacer nada, que no tiene órden, que es mendiga y hasta mentirosa, ¿crees tú que

podré corregirla de todos esos defectos y serla verdaderamente útil?

LA MADRE.

No es muy lisonjero lo que me cuentas de tu protegida y mucho me temo que te prepares un desengaño. Dime como has hecho tu conocimiento.

Antonia hizo á su madre una relacion muy circunstanciada de su encuentro y de su conversacion con Teresita y despues añadió:

—Te aseguro que creo que en el fondo es buena la chiquilla: pero nadie la ha enseñado como debe conducirse, y no es estraño que haga cosas que no estén bien.

LA MADRE.

Si eso es así, seguramente podrás serla muy útil. Hermosa y grande empresa tomas á tu cargo, pero que exige muchísima paciencia. ¿Estás segura de tenerla?

ANTONIA.

Sí, mamá, muy segura, y además tambien me ayudarás tú un poco.

LA MADRE.

No, hija mia, es preciso que no cuentes con eso. Yo no me niego á darte algunas telas para vestir á tu protegida, pero á eso se limitará toda mi ayuda. Quiero, si sales bien, dejarte todo el mérito de tu buena obra.

ANTONIA.

Teresita tiene necesidad de vestirse desde los pies á la cabeza ¡están tan puercos y tan destrozados sus vestidos!

LA MADRE.

Te aconsejo que no se los renueves si no poco á poco haciéndole ganar cada prenda por su trabajo y su docilidad. Sobre todo que tu aficion

al órden y al aseo no te hagan olvidar que es secundario todo lo concerniente al cuerpo. Si quieres ser verdaderamente útil á Teresita, ocúpate de su alma: enséñala á distinguir el bien del mal, y para conseguir este objeto no hay mas que un solo medio: el enseñarla á conocer á Dios, á temerle y á amarle.

Toda la noche soñó Antonia con Teresita; y en cuanto se levantó corrió á la puerta de la alquería para ver si la chiquita estaba ya en el camino.

La vió á una corta distancia sentada al lado de su cabrita.

Corrió hácia ella muy gozosa viendo que Teresita tenia muy bien lavadas la cara y las manos, pensando que lo habia hecho por complacerla.

—¿Qué mas querrias que te enseñase á remendar tus vestidos? la preguntó. Mira que rajas tiene tu delantal, seria muy fácil coserlas. Y tu pañuelo estaria menos feo si le cosieses ese giron que le cuelga.

TERESITA.

Mucho me alegraria de que vd. fuese tan

buena para enseñarme; pero no tengo ni aguja ni hilo.

ANTONIA.

Yo tengo todo eso en mi cesta de labor, pero no creas que quisiera tocar á tu pañuelo y tu delantal tan sucios como están. He traido un pedazo de jabon para que vayas á lavarlos al arroyo. Despues los tenderás en la yerba al sol y muy pronto estarán secos.

Siguió á Teresita á la orilla del arroyuelo, y no la permitió dejar de restregar hasta que hubo desaparecido la última mancha.

Mientras se secaba la ropa sacó de su cesta un peine y un cepillo y dijo á Teresita.

—Toma, el arroyo va á servirte de espejo: desenreda bien tus cabellos, alísalos y arréglalos como los mios. No tienes necesidad de volverte á poner ese harapo en forma de gorro, vale mas ir con la cabeza descubierta..... Mira como estás mucho mejor así. No parece que eres la misma niña que antes tenia el pelo tan enredado. Si me prometes usarlo todas las mañanas te doy el peine y el cepillo.

Teresita prometió á Antonia cuanto ésta quiso, muy contenta de verse tan bien peinada.

Cuando estuvo seco el delantal las dos niñas se sentaron sobre la yerba, y Antonia comenzó á dar su primera leccion de coser, ó mas bien de remendar.

Teresita era inteligente y nada torpe, pero como jamás habia hecho una labor de aquel género no dejó de ejercitar un poco la paciencia de su maestra.

Hablaban mientras trabajaban las dos niñas, y Antonia no olvidando las recomendaciones de su madre se esforzó en dar á su compañera algunas nociones de moral y de religion. Esta que no habia oido sino muy raramente hablar de estas cosas, escuchaba con asombro y placer. Interesábanle sobre todo vivamente las relaciones sacadas de la historia de Jesucristo.

Antes de separarse Antonia la dijo:

—¿No tienes otro vestido?

—Sí, mi vestido de los domingos, pero está tan destrozado que no me han dejado entrar en la Iglesia para asistir con las otras niñas á la esplicacion de la doctrina.

—Pues bien, póntelo mañana y lavaremos y re-

mendaremos este. Mira como ahora tu pañolito y tu delantal tienen mejor traza. Cuando hayamos concluido de remendar tus vestidos viejos, yo te daré tela para hacerte nuevos, pero te los coserás tú misma: yo te enseñaré y te ayudaré en lo mas difícil. Cuando estés bien vestida podrás ir á la esplicacion de la doctrina. Tambien quiero enseñarte á leer y á hacer calceta, porque llevas los pies desnudos y necesitas medias. Ya ves que tenemos muchas cosas que hacer: con que es preciso que te vengas tempranito todas las mañanas.

No deseaba otra cosa Teresita. La idea de tener un vestido nuevo la halagaba mucho, y como no era nada perezosa encontró mas divertido el trabajar y el hablar con Antonia que estarse todo el dia en la orilla del camino sin hacer nada.

Durante algunos dias todo fué perfectamente. La discípula hacia progresos y la maestra se hallaba muy contenta. Cuando el tiempo no era bastante bueno para permanecer todo el dia fuera, se sentaban sobre el heno en el pajar de la alquería con la cabra atada al lado. Una mañana al llegar Antonia al camino descubrió á su discípula corriendo tras de una mujer para pedirla limos-

na. Aunque no se lo habia prohibido positivamente, se incomodó, la llamó y la riñó mucho. Teresita para disculparse, la dijo que su madre la habia reprendido por no haberla llevado hacia muchísimo tiempo ni un cuarto.

—¿Por qué no me lo has dicho? yo te lo hubiera dado. No quiero que mendigues, ¡lo oyes, no quiero! Solo los perezosos y los vagos ejercen

ese oficio. ¿No te dá vergüenza de que te despidan como un perro, como te ha despedido esa mujer?

—Ya no lo volveré á hacer mas, pues que tanto le disgusta á vd., contestó humildemente Teresita.

A pesar de su sumision puso de muy mal humor este incidente á Antonia y todo el dia estuvo dispuesta á impacientarse y á encontrar malo todo cuanto hacia la pobre Teresita.

No estaba bien peinada, tenia manchas su vestido, daba las puntadas demasiado largas, no conocia las letras. Concluyó por decirla que si era tan torpe seria inútil tratar de enseñarla nada: que era una ingrata desaplicada, y tantas cosas por este estilo que la pobre chiquilla se echó á llorar y por primera vez se separaron ambas enfadadas.

Cuando Antonia volvió á su casa, comenzó á sentir en su corazon algun remordimiento del modo con que se habia portado: ¿cómo, le decia aquella voz, quieres enseñar la religion de Cristo á esa niña y comienzas por darla un mal ejemplo, faltando á la vez á la mansedumbre, á la paciencia y la caridad, tres cualidades de que el Señor nos ha dado tan bello ejemplo y que recomienda mas? ¡Oh! dijo llorando, ya veo porque he faltado tan pronto á mis deberes: porque he

tenido demasiada confianza en mí misma. No he rogado bastante á Dios que me auxiliase en mi difícil empresa. Pero esta tarde le rogaré mucho me dé paciencia, y mañana pediré perdon á Teresita de las cosas injuriosas que la he dicho. Es tan buena que estoy segura de que no me guardará rencor.

A la mañana siguiente al llegar á la puerta de la alquería, Antonia no descubrió á Teresita: aguardó creyéndola únicamente retrasada; pero pasó una hora, pasaron dos y Teresita no volvió. Antonia muy afligida corrió á donde estaba su madre, se arrojó en sus brazos y la dijo:

—He sido muy mala ayer con Teresita. Está enfadada conmigo y hoy no ha venido. ¡Aprendia tan bien, y yo la queria tanto! ¡cuánto sentimiento tengo, mamá!

Trató su madre de consolarla diciéndola que si Teresita no habia venido seria tal vez porque estuviese mala.

ANTONIA.

No es eso, no: es que está enfadada conmigo y ya no volverá mas. Lo que me aflige es el pen-

sar que vá volver á ser una asquerosa mendiga como antes y que yo tendré la culpa.

LA MADRE.

¿Sabes tú dónde vive? se podrá mandar un recado á su casa.

ANTONIA.

Nunca he pensado en preguntárselo, ni tampoco lo sabe la casera.

La pobre niña pasó llorando aquel dia. Por la noche estaba casi mala. A la mañana siguiente salió al camino mas por costumbre que con esperanzas de encontrar allí á Teresita.

¡Pero cuál fué su dicha al ver á ésta correr vivamente á su encuentro y decirla!

—Muchísimo sentí no haber podido venir ayer, pero mi hermana la mas pequeñita estaba enferma y mi madre me prohibió separarme ni un solo instante de su cama, porque ella no podia quedarse á cuidarla. Hoy está mejor María, pero todavía se quedará en cama y únicamente he venido para advertir á vd. que me vuelvo á

casa á cuidarla. Mucho me alegraria, señorita, que pudiera vd. venir á darme mis lecciones en casa.

—Voy á pedir permiso á mamá, dijo Antonia con el corazon rebosando de alegría: ya al correr se decia á sí misma, tiene mejor carácter que yo, parece que no piensa en lo que ayer la dije, y si á mí alguno me hubiera dicho solo la mitad no le hubiera perdonado en muchísimo tiempo.

No queriendo su madre perturbar su contento, la permitió acompañar á Teresita á su casa previniéndola únicamente que no se volviese muy tarde.

Habitaban los padres de Teresita una cabaña aislada á alguna distancia de la alquería. Lo esterior era bastante pintoresco, su techo era de paja y una vieja parra trepaba por sus paredes y rodeaba los ventanas que tapaba en parte.

Cuando Antonia asomó la cabeza á la puerta y pudo ver el interior, retrocedió espantada.

Los vidrios cubiertos de polvo y de telarañas apenas dejaban pasar un débil rayo de luz: las paredes, el techo, los muebles, todo se hallaba cubierto de una negra capa de grasa y basura de toda especie.

Las sábanas de la cama en donde se hallaba acostada la niña enferma eran morenas y parecia que jamás se hubiesen lavado: en fin, era tan espeso el aire que allí se respiraba y tan malo el olor, que Antonia creyó que iba á sofocarse.

—Deja la puerta abierta, gritó vivamente á Teresita. ¿Cómo podeis vivir aquí dentro en medio de esta porquería?

—Yo siempre he visto la casa así, respondió Teresita y no he reparado en ello. Desde que conozco á vd., sí me he dicho alguna vez que deberia limpiar un poco todo esto, pero habria que hacer mucho y he tenido siempre miedo de llegar tarde á donde vd. me esperaba.

Miró todavía Antonia en derredor suyo y permaneció indecisa un instante.

Para ella tan aseada y tan cuidadosa, la idea de tocar aquellos sucios objetos aun para limpiarlos la levantaba de asco el estómago.

Pero por otra parte, si yo trato de hacer comprender á Teresita la importancia del asco, se decia, es preciso yo ponga manos á la obra y que la ayude, sin esto dirá: es muy fácil el decir: *haz esto, haz aquello* y quedaria inmóvil con las manos cruzadas y sin tocar á nada.

—Vamos ,Teresita, dijo en alta voz, por hoy nos dejaremos de lecciones y pondremos todo esto en órden. Pondremos á calentar agua al fuego para nuestras limpiezas. Despues levanta á tu hermana de la cama, porque no está tan mala y la picarilla me mira y se está riendo. Mejor estará mil veces al sol á la puerta de la casa que en esta casa tan puerca.

Cuando se hubo hecho esto, las dos niñas se pusieron activamente á la tarea.

Sacaron todos los muebles fuera de la cabaña, los fregaron, lavaron y enjugaron muy bien. Barrieron el suelo, limpiaron los vidrios, cortaron ó separaron las ramas de la parra que obstruian las ventanas que dejaron libres para que por ellas pudiesen entrar el aire puro y el sol.

La niña Mariquita encantada de todo aquel movimiento que notaba á su alrededor, olvidó completamente su enfermedad y ofreció á la señorita, como ella la llamaba, ayudarla tambien. Diéronla á limpiar y á poner en órden los pocos platos y utensilios de cocina que tenian.

Despues cuando concluyó Antonia la envió á coger un ramo de flores silvestres para colocarlos sobre la mesa en un cacharro de barro azul.

Una vez comenzados estos trabajos, los encontró Antonia menos penosos de lo que en un principio se le habian figurado, porque el vivo deseo de ver limpias las cosas la hacia no reparar en la suciedad del momento, y tambien porque su conciencia la decia que habia hecho bien en vencer su repugnancia. No dejó la cabaña sin haber puesto sábanas limpias en las dos camas y echado toda la ropa puerca en un gran barreño de agua para empaparla, despues dijo á Teresita:

—Pues que tu madre se va temprano todas las mañanas á trabajar á la fábrica y te deja dueña de la casa, á tí te toca el cuidar el que todo esté siempre limpio, en órden y bien ventilado, como ahora. Yo volveré todas las semanas una vez para ver si esto está así. Te permitiré ahora el ir media hora mas tarde á la alquería y verás que si empleas todas las mañanas esa media hora en limpiar unas veces una cosa y otras otra, no tendrás gran trabajo, ni que hacer mucho para conservarlo todo arreglado.

Cuando se hubo acabado todo, Teresita y María se pusieron á brincar de alegría y dando palmadas decian:

—¡Qué bonita está nuestra casa! no se la co-

noce: padre y madre cuando vuelvan van á creer que se han equivocado.

La Mariquita añadia:

—Es como Teresita desde que vd. la da lecciones. Tiene los mismos vestidos que antes, y sin embargo parece otra niña. Tiene el aire y las trazas de una señorita: ya ha visto vd., añadia la charlatancilla, que ayer mientras yo estaba en cama, me ha lavado y remendado mis vestidos.

—Muy bien, muy bien, dijo Antonia volviéndose hácia Teresita con aire satisfecho; veo que aprovechas mis lecciones y esto me causa mucho placer, porque estoy segura que serás mucho mas feliz ahora que sabes emplear tu tiempo que si hubieses pasado toda tu vida en vagar y mendigar. Mi mamá dice que Dios nos ha puesto á todos en la tierra para trabajar y que no le gustan los perezosos.

MARIA.

Yo creia que las señoritas ricas no hacian nunca mas que divertirse. Pero he visto hoy que vd. sabe trabajar tambien, y despues para conocer todas esas cosas tan bonitas que enseña vd. á

Teresita, ha debido trabajar mucho y pasar malos ratos. Yo voy á tratar tambien de no ser perezosa y de aprovechar el tiempo en la escuela.

Antonia volvió á la alquería acompañándola hasta la puerta las dos chiquillas.

A la mañana siguiente volvieron á comenzar las lecciones como de ordinario y continuaron así todo el verano. Cuando llegó el momento de volver á Madrid, comenzó á inquietarse Antonia por la suerte de su protegida y decia á su madre:

—Segura estoy ahora de que Teresita no volverá á ser jamás una mendiga, puerca, sin órden y mentirosa. Ama demasiado á Dios para volver á cometer esas grandes faltas, y además comienza á leer bastante bien y yo le dejo buenos libros que le darán útiles y provechosos consejos. Sin embargo, me atormenta la idea de que vá á tener que pasar una gran parte de los dias sin tener nada absolutamente que hacer. Es de buen carácter, muy sumisa, pero un poco débil, y cuando se halle fastidiada y otros niños vengan á proponerle cualquier tontería, tal vez no sabrá ni podrá resistirse. Mejor quisiera que estuviese mas ocupada.

LA MADRE.

Si sus padres pudiesen pasarse sin ella seria preciso buscarle un acomodo en la aldea. Yo hablaré á la casera.

ANTONIA.

Sí, mamá, te lo suplico. Sus padres querrán bien verla colocada. Su hermana Cármen guardará la cabra y cuidará de la casa en su lugar. ¡Si vieses que limpita y arreglada está ahora la cabaña y cuanto han ganado sus tres hermanitas desde que ella les dá buen ejemplo!

LA MADRE.

¡Y bien! hija mia, debes estar muy satisfecha del modo con que has pasado tu verano, y tienes un doble motivo de reconocimiento para con Dios: primero por haber restablecido tu salud y despues por haberte dado la ocasion que tanto deseabas de ser verdaderamente útil á tu prójimo.

Al dia siguiente de esta conversacion, mientras Antonia hablaba á Teresita de su deseo de hallarle una colocacion, ésta la interrumpió de repente diciéndola:

—Mire vd., señorita, precisamente ese caballero que pasa por delante de nosotras, es el señor don Enrique de Mendoza, ese rico propietario que no quiso recibirme en su casa porque estaba demasiado sucia. Ganas me dan de ir á preguntarle si necesita todavía de una pastora.

Habiéndola animado Antonia se acercó al propietario, que era un hombre de edad madura y de respetable aspecto, y le hizo su peticion.

Miróla éste y la contempló en silencio un instante. Llevaba la chiquilla un vestido de indiana nuevo, un delantal de percal muy limpio, un pañolito encarnado al pecho, un gorro blanco como la nieve, dejando ver sus cabellos rubios muy bien peinados y en sus pies llevaba unas medias hechas por ella misma y un buen par de zapatos, regalo de Antonia.

¿Cómo habia de reconocer en ella á la desaseada mendiga que seis meses antes habia un poco rudamente desechado?

—¿Quién eres? la preguntó, no te conozco.

—Teresita García, caballero, que ya os ofrecieron antes para pastora.

—¡Teresita García! ¡no es posible, aquella era tan fea como sucia y desarrapada, y tú eres una muchacha muy guapa!

—Pues señor, soy la misma: pero la señorita Antonia [que ve vd. ahí ha tenido la bondad de darme todos estos vestidos, y de enseñarme muchas cosas durante el verano.

—Sí, señor, dijo Antonia, que yo la he dado las telas de sus vestidos, pero ella se los ha hecho todos. Aseguro á vd. que es una muchacha buena, aplicada y muy activa, y que no le pesará á vd. tomarla á su servicio.

—Ya tengo una pastora, dijo el caballero, pero mi casera se va haciendo vieja, y una criadita para ayudarla en las faenas de la alquería no le vendrá mal. Tiene ahora tan buenas trazas la Teresita que me determino á tomarla á prueba.

Antonia, dió las gracias al propietario como si le hubiese hecho un verdadero servicio.

Sabia que no solamente el señor de Mendoza era un hombre rico, sino tambien que él y su mujer eran personas buenas y piadosas y que sabrian dirigir bien á Teresita.

Pudo, pues, separarse de su protegida y querida discípula no sin pesar, pero al menos tranquila sobre su suerte.

Pasáronse muchos años sin que Antonia tubiese ocasion de volver á aquella parte de la huerta de Valencia. Hízose una señorita completa y despues se casó. Cuando la consultaron para saber donde deseaba hacer un viaje de boda, indicó inmediatamente la aldea de Teresita, porque deseaba vivamente saber que se habia hecho de aquella buena muchacha.

Admiró esta eleccion á su marido, que creyó que Antonia hubiera preferido un viaje á Francia ó Inglaterra, pero consintió inmediatamente.

En cuanto llegaron fueron á la alquería del señor de Mendoza, pensando que nadie mejor que éste podria indicarles dónde se hallaba Teresita. Al entrar en el patio de la alquería reparó Antonia que todo tenia allí un aire mas aseado y mas arreglado que antes.

Todos los animales que la rodeaban parecian tan contentos, tan bien hallados, que se veia que estaban perfectamente cuidados.

Hasta los naranjos estaban mas hermosos,

mas rectos y mas cubiertos de flor y de fruto que en las alquerías vecinas.

La puerta de la alquería se hallaba abierta y se veia sentado en la cocina junto al fogon á un anciano que tenia sobre sus rodillas un robusto muchacho, mientras una jóven se hallaba ocupada en disponer la comida. Al ruido que hicieron al entrar Antonia y su marido se levantó aquella, salió á su encuentro y de repente, dando despues un grito de alegría dijo:

—¡Es la señorita Antonia! estoy segura, es ella! ¡Qué feliz soy en volver á ver á vd.! Todos los dias hablo de vd. ¿no es verdad, padre mio?

Antonia abrazó tiernamente á Teresita, porque era ella convertida en una hermosa y robusta jóven: despues dió la mano al anciano á quien reconoció por el señor de Mendoza, acarició al hermoso niño y sentándose al lado de Teresita la dijo:

—Ahora cuéntame todo lo que te ha sucedido desde que no te he visto.

—He sido muy feliz, respondió la jóven, y toda mi felicidad se la debo á vd.

—Eso es lo que no se cansa de repetirnos todos los dias, dijo el señor de Mendoza. No es in-

grata, señora. Verdad es que, porque la he encontrado siempre tan limpia, tan hacendosa, la he conservado en mi casa. Todo el mundo la queria en la hacienda y mi hijo todavía mas que los demás. Un dia me dijo que queria casarse con ella. No tiene dote, le respondí, pero tiene un tesoro en sus dedos que vale mas que una riqueza. Con una mujer tan piadosa, tan buena, activa y hacendosa, todo irá bien en tu casa. Cásate con ella y yo seré muy feliz de tenerla siempre á mi lado. Aquí tiene vd., señorita, como la criada que recibí por su recomendacion ha venido á ser mi hija. Sus hermanas se han aprovechado de sus lecciones y del buen ejemplo que les daba: son escelentes muchachas que harán suerte. Dios bendecirá á vd., señora mia, porque vd. ha sido el ángel salvador de esta familia, que sin vd. hubiera caido no solo en la miseria, sino en el vicio, como tantas otras que desgraciadamente vemos á nuestro alrededor.

¿No eran estas palabras, mis queridas niñas, el mas precioso regalo de boda que podia hacerse á Antonia? ¿Qué cachemires, que encajes, que diamantes hubieran podido proporcionarle mas placer que el pensamiento de haber sido ella el ins-

trumento de que se habia valido Dios para salvar muchas almas y atraerlas á sí?

La aficion al órden que habia logrado inspirar á Teresita, no influyó solamente en su vida esterior, sino sobre su alma. No quiso que la parte de afuera del vaso estuviese limpia y la de dentro llena de podredumbre.

El pecado es un desórden, los vicios son manchas que es preciso lavar con mas esmero, con mas cuidado que las del cuerpo.

Esto es lo que habia comprendido Antonia, y es lo que tuvo la dicha de hacer comprender tambien á Teresita.

Comprendedlo tambien vosotros, amables niños, para quienes hemos escrito estos ligeros cuadros de LOS NIÑOS DE HOY.

1031